

LAS BRUJAS DE WOODSVILLE

ADAM SURRAY



SELECCION
TERROR

ADAM SURRAY

LAS BRUJAS DE WOODSVILLE

Colección SELECCION TERROR n.° 442
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

437 — *La tragedia de la metempsicosis,* Ralph Barby.
438 — *Memorias de un monstruo,* Curtis Garland.

439 — *La mansión de los locos,* Ada Coretti.
440 — *Juegos de cementerio,* Lou Carrigan.

441 — *Tratamiento diabólico,* Clifford Hilton.

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: li. 20.661-19X1

Impreso en Ispaña Printetl in Spain
I.' edición: agosto. 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El *Fairy* era algo más que un yate de recreo. Era un despilfarro.

Un yate mixto, de motor y vela. Dotado de los máximos adelantos técnicos y de confort. Por la escotilla de proa se tenía acceso a los dos dormitorios, a la puerta de comunicación con la cabina interior, la cocina y el salón. A todo lujo.

Si.

Era un despilfarro que semejante maravilla flotante sólo fuera utilizada para tostarse al sol.
Para eso... y algo más.
—Por favor, Jeffrey. ¿Quieres terminar de una vez?

—Es un poco complicado, Janet —sonrió Jeffrey Sutton—, Tan frágil, tan delicado... se me escapa de las manos.

Ciertamente el bikini era minúsculo. Tanto la pieza superior como la inferior. Al menos para el exuberante cuerpo de Janet Barnes. La pieza inferior se limitaba a un pequeño triángulo de tela que cubría lo imprescindible. La pieza superior, a la que Sutton trataba de ajustar el cierre, apenas lograba proteger la ancha aureola de los senos femeninos.
Unos senos prominentes y erguidos.
—¿Ya está?

—Sí. Janet... creo que sí...
La muchacha giró enfrentándose a Jeffrey Sutton.

Se acopló un poco mejor la diminuta tela sobre los senos a la vez que ahogaba un suspiro.

—Eres un manazas.
—No respires muy fuerte, Janet. Se puede reventar el cierre.

—Te crees muy...
Janet no terminó la frase.

Sus labios gordezuelos habían sido presa de Sutton. La atrapó por la

cintura atrayéndola contra sí. En voraz beso. Fue arqueando la espalda femenina hasta reclinarla suavemente sobre el camastro. Las manos de Jeffrey Sutton amenizaron el beso con audaces caricias.
—Jeffrey... nos esperan...

—Que esperen un poco más —murmuró Sutton, mordisqueando el lóbulo izquierdo mientras que su diestra avanzaba hacia los duros senos—. Eres dinamita. Janet... dinamita...
—Y tú la mecha. Jeffrey.

Sutton fue incapaz de abarcar con su mano el seno izquierdo de la muchacha. Se conformó con aprisionarlo una y otra vez.

Janet comenzó a corresponder a las caricias. Ambos marcadamente lascivos.
Y cuando más enfebrecidos estaban, sonó el vozarrón.
Una brusca y potente voz que llegó procedente de la escotilla de proa.

—¡Maldita sea tu estampa, Jeffrey...! ¿Se puede saber qué hacéis ahí abajo? ¡La pesca está esperando!

Sutton dio un respingo.

Aún tenía las manos sobre los opulentos senos de Janet. Y el sobresalto le hizo tirar de la pieza superior del bikini saltando el cierre que tanto le había costado ajustar.
Quedó con la tela entre las manos.
—¡Oh, no...! —suspiró Janet.

—Voy a subir... voy a machacar la cabeza a ese entrometido...

—Espérame para que pueda contemplar el espectáculo —rió Janet—, El tiempo de buscar otro bikini.

Jeffrey Sutton ya estaba en traje de baño. Asintió correspondiendo a la sonrisa femenina.

—No te demores.
Sutton subió a cubierta.

Y apenas aparecer sonó nuevamente el vozarrón.

—¡Ya era hora! ¿Qué hacíais?
Jeffrey Sutton entornó los ojos.
No por efectos del sol, sino para contemplar más detenidamente a Mark Sullivan.

Era un tipo curioso. Un hombre que se había hecho a sí mismo. Con su propio esfuerzo. Sin ayuda de nadie.
Y así había salido.

Mark Sullivan contaba treinta años de edad. Alto. De complexión fuerte. Rostro alargado y coronado por abundante pelambrera mal cuidada. La nariz era carnosa y la boca grande.

La del típico bocazas.

Mark Sullivan, desde su más tierna infancia, había estado solo. Se había criado en las calles de San Francisco. En Nob Hill. No es que viviera en aquella aristocrática zona. Su chabola estaba en el mísero Barrio Scott, pero era en Nob Hill donde estaban las buenas oportunidades.

Y Mark Sullivan supo aprovecharlas. Trabajando en todo cuanto le salía para poder costearse los estudios nocturnos y sobrevivir. Hasta conseguir graduarse en la *University of California.* Y en la facultad de derecho obtuvo su título de abogado.

No fue en la facultad donde conoció a Jeffrey Sutton, sino en las calles de San Francisco. En Nob Hill. Siendo niños. Jeffrey Sutton, heredero de los todopoderosos Sutton californianos, demostró ser un buen amigo.

Una amistad que se había mantenido desde entonces. Fortalecida por los años.

—¿Tú qué imaginas, Mark? ¿Qué crees que podíamos estar haciendo?

—No quiero imaginar nada. No me gusta tener pensamientos impuros. Una cantarina risa femenina coreó la respuesta de Sullivan.

Sutton desvió la mirada. Volvió a entornar los ojos.

Tampoco ahora fue por efectos del sol, aunque sí deslumbrados por la belleza de la muchacha.

Allí estaba Carol Wilder.

En cubierta. Sentada en la tumbona. Tomando el sol. Con un largo vaso en su diestra. Carol había sido más práctica que su compañera Janet. No se molestó en ajustar la pieza superior del bikini. Se sostenía milagrosamente a los erectos senos. Con los frágiles tirantes colgando a los lados.

—Hola, Carol... Un día maravilloso, ¿eh?

—Disfruto de él desde hace horas —rió Carol—. Mark y yo llevamos mucho tiempo en cubierta. ¿Y Janet?
—Ahora sube.
—¿Resaca o cansancio por el... ejercicio?

—¡Eh, Mark...! ¿Has oído eso? ¡Carol sí tiene pensamientos impuros!

Mark Sullivan no se dignó a responder. Estaba muy ocupado con las cañas y utensilios de pesca.

Jeffrey Sutton arrebató el vaso a la muchacha. Bebió un largo trago.
—Whisky... Un poco explosivo de buena mañana, ¿no?

—Vuelvo a repetir que llevo horas en cubierta. Ya estoy más que tostadita.
—A ver...

Jeffrey Sutton dejó el vaso para poder deslizar su diestra por el muslo izquierdo de la joven. Desde la rodilla hasta el pantaloncito del bikini.
Si.
La suave piel de Carol quemaba.

—¿Puedo decirte algo, Jeffrey?
—Seguro.

—Eres un sinvergüenza.
—Sí, Carol.

Sutton había reclinado a la muchacha sobre la tumbona. Su diestra alisó acariciadora la tenue curva del vientre femenino prosiguiendo la audaz escalada. Los labios de Carol le esperaban entreabiertos. Y Jeffrey Sutton los bloqueó con un beso.

Un largo beso.

Súbitamente dejaron de recibir los acariciadores rayos del sol. Una sombra se proyectó sobre la pareja.

Sutton se separó levemente ladeando la cabeza. Era Mark Sullivan quien hacía de cuerpo opaco.

—Esa es mi chica, Jeffrey. Sutton sonrió.

Cínico y burlón.
Una sonrisa que Mark Sullivan conocía muy bien.

Jeffrey Sutton con aquella sonrisa conseguía desarmar. Encantadoramente cínica y que, unida a sus veintiocho años de edad, su rostro atractivo, su atlética complexión y su fabulosa fortuna le hacían irresistible con las mujeres. También muchos hombres cedían por la simpatía, desparpajo y generosidad de Sutton.

Mark Sullivan era la excepción. El conocía bien a Sutton.

—Tu chica, ¿eh, Mark?
—Eso he dicho.

—Okay, muchacho. Termino enseguida y te la devuelvo.

Jeffrey Sutton volvió a reclinarse sobre la joven. Buscando de nuevo sus labios. Carol le echó los brazos al cuello.

Mark Sullivan permaneció unos instantes inmóvil. Sin reaccionar.

Contemplando como un imbécil la escena. Y encima proporcionándoles sombra. Terminó por alejarse retornando junto a los aparejos de pesca. Maldiciendo entre dientes.

Jeffrey Sutton le había engañado una vez más. Le prometió una emocionante semana de pesca por las costas californianas.

Nada de mujeres.
Eso había dicho Sutton.

Sullivan era un amante de la pesca. Por supuesto que también le entusiasmaban las mujeres. Janet y Carol eran dos buenos ejemplares. Algo fuera de serie. Capaces de hacer feliz al más aburrido de los mortales. Y podían hacerlo en San Francisco, Los Angeles...

No era necesario un yate por el Pacífico.

Allí estaban para practicar la pesca. Una competición entre Sutton y Sullivan. Eso fue lo acordado.

De ahí que Mark Sullivan se decidiera a aceptar la invitación. Si.
Mark Sullivan había vuelto a picar el anzuelo.
—¿Te preparo algo de beber, Mark?
Sutton estaba junto al coquetón mueble-bar móvil.

—¡Una cerveza!

—¿Has oído eso, Carol...? ¡Una cerveza! Jamás llegarás lejos, Mark. No tienes clase. Estamos en mitad del océano con dos bellas muchachas, bañados por el sol, con destellos dorados en las azules aguas, con música romántica... ¡y tú pides una cerveza!

—¡Me gusta la cerveza, maldita sea! —Sullivan ya sostenía entre sus manos una flexible caña—, ¿Tiene algo de malo?

Janet surgió por la escotilla. Con un nuevo bikini.

Dos reducidas piezas de tela que dejaban muy poco para la imaginación.

—¡Oh, Mark...! ¿Ya vamos a pescar? ¡Qué ilusión...! ¡Yo también quiero una caña! Janet corrió alborozada hacia el lugar donde estaban todos los aparejos.

Mark Sullivan se disponía a protestar airadamente, pero quedó con la boca entreabierta. Janet, en su alocada carrera, había hecho saltar el seno derecho fuera del bikini. Sin percatarse de ello. Sólo la mirada de Sullivan, tornándose paulatinamente vidriosa, delató aquella provocativa fuga.
—Bueno, Mark —sonrió Janet, tras componer el bikini—, ¿Cuál es mi caña de pescar?

—Una cualquiera. ¡De aquéllas...! ¡Estas son de competición! La joven parpadeó.

—No te enfades, hombre... ¡Ni que fueran de oro!

—Debes comprender a Mark —intervino Sutton, aproximándose—. Estas son algo más que cañas de pescar. Son objetos de arte. Acostumbradas a determinadas manos. Manos que saben cómo flexionarlas, graduar el anillo de salida, fijar el molinete...
—Yo sólo quiero pescar.

—Esa es tu intención desde los quince años —rió Carol, desde la tumbona—. ¡Pescar un marido!

Janet fulminó a su compañera con la mirada; sin embargo, cuando posó nuevamente sus ojos en Sutton, volvió a sonreír cariñosa.
—¿Esta. Jeffrey?
—No, espera... Esa es de anzuelo de mosca mojada.

—¡Qué asco! —exclamó Janet, soltando instintivamente la caña—. Dame una sin mosca. Sutton sonrió.

Ignorando la mueca que se reflejaba en el rostro de Mark Sullivan.

—Aquí tienes, nena. Una caña con anzuelo múltiple. Practica un poco el lanzamiento del hilo, ¿de acuerdo?

—Sí, Jeffrey.
—Estaba preparando las bebidas. ¿Te sirvo algo?

—Pues... algo sencillito. Todavía es temprano. ¿Qué te parece un «Fascinación»?

—
Marchando.
«Fascinación».

Vermouth seco, brandy, ginebra y un par de
guindas al marrasquino. Sí.
Algo sencillo.

Mark Sullivan ya se había agenciado por su cuenta un par de latas de cerveza de la nevera portátil para seguidamente acomodarse en la silla de pescar. Clavada la caña en el soporte del suelo. Ya había lanzado el anzuelo a las azules aguas. Con habilidad.

Sutton retornó a los pocos minutos portando un largo vaso.
—Lo tuyo, Janet.

La muchacha estaba a poca distancia de Sullivan. No se había sentado. Permanecía junto a la borda.
—Un momento, Jeffrey... Déjalo por ahí. Me parece que ha picado algo.

—Seguro —rió Sullivan—, Algún besugo. Jeffrey Sutton chasqueó la lengua.
—Sólo tenías que practicar, Janet. No puedes pescar nada. No has colocado el cebo.
—¿El cebo?

—Sí, nena, el cebo... Sin cebo no hay pesca. Tampoco tenías colocado el flotador, has soltado todo el hilo... Ya puedes empezar a recogerlo.
Janet comenzó a girar el molinete.
A las pocas vueltas la manivela se detuvo.

—¡Jeffrey...! No puedo seguir... se ha parado...

—Déjame a mí.

Sutton se hizo cargo de la caña de pescar. Manipuló en el molinete por si algo funcionaba mal. Lo hizo girar, aunque de nuevo quedó frenado. Tenso el hilo de la caña.

—Pues sí... Debes haber pescado algo, Janet.

—Corta el hilo y terminarás antes —aconsejó Sullivan—. Al soltarlo por completo, y sin el freno del flotador, el anzuelo se ha engarfiado en el fondo. Máxime tratándose de un anzuelo múltiple. Estará enganchado en unas rocas o entre plantas marinas.
—¡Puede ser en el cofre de un tesoro! ¡Un fabuloso tesoro de piratas!

La exclamación de Janet hizo dibujar una nueva mueca en el rostro de Mark Sullivan. Jeffrey Sutton rió divertido.

—Es cierto... ¿por qué no el tesoro de un galeón español hundido por los piratas? ¡Voy a comprobarlo!

La súbita zambullida de Sutton fue de inmediato imitada alegremente por las dos muchachas.
Y coreada por las maldiciones de Sullivan.

—¡Así no se puede pescar, maldita sea...! ¡Me largo...! ¿Me oyes, Jeffrey? ¡Regreso a San Francisco!
No.
Jeffrey Sutton no podía oírle.

Buceaba mientras que Janet y Carol chapoteaban alborozadas en la superficie. Sutton surgió de entre las aguas en busca de aire para sus pulmones. A cierta distancia del yate. Comenzó a nadar vigorosamente.

—¡Eh, Mark...! ¡Lanza la escalera!

—¿Qué has encontrado, Jeffrey? —gritó Janet, agitando los brazos—, ¿Es un tesoro? Sutton ya había trepado al yate.
Ayudó a las dos muchachas.

Sorprendieron a Sullivan echando ginebra en el bote de cerveza. Señal inequívoca de que estaba dé pésimo humor.

—Voy a por el equipo de bucear, Janet. El anzuelo se ha clavado en un objeto posado en el fondo del mar. Totalmente cubierto de algas, musgo y plantas marinas. Al principio, creí que se trataba de una roca, pero no lo es. ¿Me acompañas, Mark?

—¿Yo? ¡Ni borracho!

—No tardarás en estarlo. Mark —sonrió Sutton, introduciéndose por la escotilla de proa.

Retornó a los pocos minutos.
Con el equipo de bucear ya acoplado.

—¿Y bien, Mark? Aún estás a tiempo. Si me acompañas, tendrás parte en el reparto del tesoro.
—¡Vete al diablo!

Jeffrey Sutton rió con sonora carcajada a la vez que saltaba por la borda. Las palabras de Sullivan iban a resultar proféticas.
Sutton acudía en verdad al encuentro de un espíritu infernal...

CAPITULO II

Mark Sullivan había terminado por ceder a las reiteradas llamadas de su compañero. Se ajustó también el equipo de bucear sumergiéndose en las aguas.

Desde cubierta. Janet y Carol contemplaban divertidas todo aquello. La aparición de los dos hombres fue acogida con gritos y aplausos. Subieron a bordo.

—¡Cuéntanos, Jeffrey...! ¡Estamos impacientes!

Mark Sullivan y Jeffrey Sutton procedieron a despojarse mutuamente de los equipos de oxígeno.

—¿Contar? —rió Sutton— ¿Tienes tú idea de lo qué puede ser eso que hemos visto abajo, Mark?

—Sé lo qué no es. No es el cofre de un tesoro.

—¡Por favor, Mark...! No desilusiones a las chicas. Ciertamente no se trata de un cofre, pero sí puede encerrar algo de valor. Hemos estado escarbando para quitar parte de las algas y el musgo. Tiene forma de cruz. De brazos iguales. Cuatro brazos iguales. Es de hierro, ¿verdad, Mark? Cuatro cajas rectangulares de hierro unidas entre sí formando una cruz.

—¿Qué piensas hacer, Jeffrey?
Sutton sonrió palmeando el trasero de Carol.

—¿Tú qué crees? ¡Sacarlo del fondo y averiguar su contenido! Las dos muchachas aplaudieron jubilosas.

Un entusiasmo que no parecía compartido por Sullivan. Lo demostró al mezclar nuevamente la cerveza con ginebra.

—Jeffrey...
—¿Sí. Mark?

—¿Por qué no dejarlo en el fondo? No me acaba de gustar la idea de...

—¿Estás loco? —interrumpió Sutton—, ¡Puede tratarse de algo valioso! Aun suponiendo que esas cuatro cajas estén vacías tal vez se coticen como antigüedad.
—¡No le hagas caso!

—Seguro que no, Janet. Vamos a sacar ese objeto del fondo. Creo que en la cabina de herramientas encontraré una cuerda o un cable apropiados. Trataremos de izarlo. Si resulta difícil, lo arrastraremos hasta la costa.
—Puede ser un OVNI.

Jeffrey Sutton, que ya se disponía a introducirse por la escotilla, ladeó la cabeza. Dirigiendo una burlona mirada a Sullivan.

—Un OVNI, ¿eh, Mark...? Ahora comprendo. Tienes miedo. ¡Chicas...! ¡Mark teme que saquemos un marciano del fondo del mar!

Janet y Carol rieron al unísono. Algo nerviosas. Por sus mentes no había pasado la posibilidad apuntada por Sullivan.

—Oye, Mark... ¿Por qué has dicho eso? —preguntó Janet, una vez que Sutton hubo pasado al interior—. ¿En qué te basas para afirmar que puede ser un OVNI?

—No lo he afirmado. Es sólo una hipótesis. Un artefacto que cae del cielo y se hunde en el mar. No sería el primero. Un artefacto peligroso. Cargado de radioactividad.

—¡Y tripulado por marcianos! —exclamó Sutton, reapareciendo en cubierta. Portando un rollo de cable y engarces—, ¡Maldita sea, Mark...! ¿Por qué tienes que asustar a las chicas? Se nos presenta la oportunidad de pasar un día divertido con el rescate de un su-puesto tesoro y tú lo nublas con tu pesimismo.
—Está bien... está bien... Se hará lo que tú digas.
—Entonces en marcha, Mark.

—¿Ahora? ¡Ya es tiempo del almuerzo, Jeffrey!

—Las chicas prepararan la mesa mientras nosotros amarramos la cruz de hierro. Cuestión de minutos, Mark.

Fueron inútiles las protestas de Sullivan. Volvió a ponerse el equipo de bucear para zambullirse de nuevo en las aguas. En compañía de Sutton. Ambos eran expertos buceadores. Con habilidad serpentearon maniatando el extraño objeto colocando engarces de fijación para evitar cualquier deslizamiento del cable.

Retornaron a la superficie guiados por el cable que pendía desde la cubierta. Sujeto a la base del mástil.
La mesa ya estaba preparada.

No había sido un gran esfuerzo para Janet y Carol. En Reed City cargaron exquisitos manjares ya condimentados. Sólo había que servirlos a la mesa.
—¿Intentamos izarlo, Mark?
—¡Maldita sea, Jeffrey...! ¡Tengo hambre!

En esta ocasión prevaleció la opinión de Sullivan.

Se sentaron a la mesa. En cubierta. Bajo la protectora sombra del toldo. Amenizados con tenue música.

Janet y Carol se turnaron en servir los manjares. Se llegó al postre helado.

Mark Sullivan, fanático del café, no permitió que las muchachas se molestaran en hacerlo. Prefería servirlo él. Bajó a la cocina manipulando en el brazo eléctrico de la cafetera. Ciertamente preparó

un café inmejorable.

—¡Cielos! —suspiró Carol, reclinándose en la tumbona—. ¡Esto sí que es vida!
Sutton exhaló una bocanada de humo azulado, para seguidamente, chasquear la lengua.

—No lo creas, Carol. Terminarías por aburrirte. Al igual que yo.

—¿Sabes una cosa, Jeffrey? —intervino Janet—. ¡Me gustaría aburrirme así por el resto de mis días!

Todos
rieron.
Incluido
Sullivan.

Con la barriga llena, parecía haber recuperado el optimismo. Fue Janet quien turbó la placentera sobremesa.
Estaba apoyada en la borda.

Contemplando los mágicos destellos originados por el sol al tratar de incrustar sus dorados rayos en las azules aguas del océano.

El círculo fue apareciendo paulatinamente. Sobre la superficie del mar. En torno al cable sujeto al mástil del yate. En el punto en que el cable rompía en el agua, se formó el

círculo.
Un círculo amplio y negruzco.

Sin destello alguno del sol. Sin el cristalino añil de las aguas. Sólo una capa negruzca y circular que destacaba poderosamente con el resto de la superficie marina.

Janet
parpadeó.
Perpleja.

Fue agrandando los ojos a la vez que la palidez se adueñaba de su rostro. De su garganta brotó un grito desgarrador.

El respingar de Sullivan le hizo caer del asiento. También Jeffrey Sutton saltó de la silla.
—¡Janet...! ¿Qué te ocurre?
La muchacha era incapaz de reaccionar.

Sólo cuando Sutton se aproximó a ella y la hizo girar zarandeándola por los hombros logró que dejara de gritar abrazándose a él.
—¡Ahí, Jeffrey...! ¡Es horrible!
—¿Dónde?... ¿Qué ocurre?

Carol y Sullivan también se habían acercado a la borda.
—¿Algún tiburón? —inquirió Mark Sullivan, aso mandóse—. No se ve nada...

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Janet.

Se separó de Sutton apoyándose en la baranda. Con la mirada fija en la superficie del mar. Donde el cable se hundía.

—Dios mío... Ya no está. Ha desaparecido.
Sutton sonrió.

Rodeó protectoramente los hombros de Janet, conduciéndola hacia una de las tumbonas situadas bajo el entoldado.

—No has debido ponerte al sol después de come^r. Janet. ¿Te apetece un brandy? Sirve una copa. Mark.

—Jeffrey...

—¿Sí, Janet?

—Han sido imaginaciones mías, ¿verdad...? Un espejismo...

—Seguro. Los rayos del sol al jugar con el agua dibujan extraños objetos. ¿Qué fue lo que te asustó?

Janet tomó el brandy a pequeños sorbos. Forzó una sonrisa.

—Fue... parecía... tan real... Primero se formó un círculo en el agua. El centro de ese círculo era el cable.

—Es lógico que el movimiento del yate origine repetidos círculos centrados en el...

—No. Jeffrey. Era un solo círculo —interrumpió la muchacha, con nerviosa voz—. Destacaba poderosamente en la superficie por su negruzco tono. Muy satinado. Y sobre ese círculo fue dibujándose poco a poco la figura. Quedó marcada con toda nitidez. La imagen de un decapitado. Un hombre sin cabeza. Con una vestimenta antigua... una extraña túnica roja con un circulo negro...

—Lo dicho, Janet. Has sufrido una alucinación.
—¡Jeffrey...! ¡Jeffrey...!

Sutton giró.
—¿Qué te ocurre a ti, Carol!

—El cable... el cable se está moviendo —dijo Carol, con el brazo derecho extendido. Señalando el cable que iba desde la base del mástil a la borda para luego hundirse en el agua—. Se mueve...

—Sí, Carol. Y el barco también se mueve balanceado por las aguas.
—Pero... el cable...

Sutton respiró con fuerza.
—Okay. Vamos a dar por terminado el viaje. Regresamos a Reed City.

—¡Maldita sea! —protestó Mark Sullivan—. ¿Y la pesca? ¡No hemos tenido oportunidad de...!

—Otro día, Mark. Las chicas están muy nerviosas. Carol... acompaña a Janet al dormitorio. Reposad las dos, ¿de acuerdo?

Las muchachas asintieron. Abandonaron la cubierta.

—Oye, Jeffrey... ¿No opinas que el cable se mueve demasiado? Como si alguien, desde la profundidad del mar, tratara de subir o tirar del cable.

—Animo, Mark. Sigue —sonrió Sutton, encendiendo un nuevo cigarrillo—. Puede que llegues a asustarme.
—Te estoy hablando muy en serio.

—Entonces no digas más tonterías. Demasiado sabes que el bandeo del yate puede hacer mover el cable.
—¿Qué se mueve, Jeffrey...? ¿El cable o el yate?
—Ambos.

Sullivan no pareció muy convencido.
—Yo, al igual que Carol, he visto mover el cable.

En zigzag. Un movimiento extraño. No es muy... muy...

La potente voz de Mark Sullivan se fue aflautando hasta enmudecer

por completo. Quedó sin habla. Con la boca entreabierta.

Sutton descubrió lo que había hecho silenciar a su amigo. El cable.

El cable estaba ahora tenso. Tirante. Totalmente distendido. Ajeno al oscilar de la embarcación. Tenso desde su atadura al mástil hasta el lugar donde rompía la superficie del agua. A unas veinte yardas del yate.

Y súbitamente el cable volvió a perder rigidez. De nuevo a merced del vaivén del yate.

Sí.

Tal como había dicho Mark Sullivan, era como si alguien tirara con fuerza desde la profundidad del mar.

CAPITULO III

Fue imposible izar el objeto a bordo.

Lo intentaron un par de veces y, aunque lograron rescatarlo del fango, sacarlo a la superficie resultaba difícil sin el material adecuado.
De ahí que se decidieron por remolcarlo hasta la costa.

Mark Sullivan de buen grado hubiera cortado el cable olvidándose del asunto, pero Sutton estaba interesado en saber qué era aquel extraño objeto. También Janet y Carol, totalmente recuperada su juvenil alegría, se mostraban entusiasmadas por la aventura.

Divisaron la costa. Reed City.

Una pequeña localidad de la costa californiana, lugar donde habían pernoctado antes de hacerse a la mar aquella misma mañana. También fue en Reed City donde Jeffrey Sutton hizo acopio de alimentos ya prepara dos. Consciente de las nulas artes culinarias de

Janet y Carol.

—¡Tierra a la vista! —exclamó jocosamente Janet. Era todo un espectáculo.

No la paradisíaca playa y entrada a puerto de Reed City, sino Janet. Sí.

Todo un espectáculo verla dar pequeños saltos sobre cubierta. Con su reducido bikini. Con aquel sensual bamboleo de sus senos y el provocativo oscilar de trasero.

—¡Para los motores, Mark! —ordenó Sutton—. No entraremos en puerto. Desde la playa será más fácil arrastrar el tesoro.

Sullivan no se dignó a responder. Había perdido

un día de
pesca.

Echaron anclas para, seguidamente, hacer descender la falúa que les llevaría a puerto. Poco más tarde, ya con vestimenta deportiva, tomaron tierra en Redd City. Fue en la misma plaza del puerto pesquero donde Jeffrey Sutton se decidió a contratar a los hombres.
Allí había donde elegir.

Pescadores, barqueros, veraneantes, desocupados, vagos... Deambulando por la plaza, bajo los porches o recorriendo los bares de la zona.

—Necesito cuatro hombres para un pequeño trabajo. La voz de Sutton pasó desapercibida.

Ninguno de los allí agrupados junto a la fuente, aproximadamente una docena de individuos, se dignó a alzar la mirada.

—Pago por adelantado —dijo Jeffrey Sutton, sacando un fajo de billetes—. Doscientos dólares por persona y menos de una hora de trabajo.
Aquello sí fue escuchado.

Los diez individuos se movilizaron como impulsados por
un mismo resorte. Sutton seleccionó a cuatro de ellos.
Los más fuertes y corpulentos.

—Mi nombre es John Salkow —se presentó un individuo de pelo rojizo, acariciando los dos billetes de cien dólares que le habían correspondido—. ¿De qué se trata, patrón?

—He estado pescando en alta mar. Uno de los anzuelos se clavó en algo extraño y quiero sacarlo a flote. Simple curiosidad. He arrastrado el objeto hasta la costa. Mi yate es el *Fairy* —señaló Sutton, hacia la playa—. Quiero ese objeto sobre la arena.

El llamado Salkow sonrió.
—Tal vez se trate de un viejo galeón. Y eso llevaría mucho trabajo.

—Es un objeto poco voluminoso, amigos. Yo mismo lo he examinado. Puede que necesite algún cable más o cualquier otra cosa. Yo correré con los gastos.

—De acuerdo, patrón. Puede esperarnos en la playa. Los cuatro hombres se alejaron.

Seguidos de algunos curiosos que habían escuchado la conversación. Jeffrey Sutton se aproximó a sus compañeros.

—Solucionado. Calculo que dentro de treinta minutos estaremos contemplando nuestro tesoro. ¿Tomamos un trago mientras tanto?

Penetraron en un snack de la plaza.
Veinte minutos más tarde se encaminaban hacia la cercana playa.

Las operaciones de rescate ya estaban muy avanzadas. La barca desplazada hasta el *Fairy* ya había regresado a la orilla con el extremo del cable que fue fijado a un improvisado atadero.

Los cuatro hombres tiraban con fuerza, ayudados por espontáneos. Los curiosos eran ya cantidad.
Se escuchó el ulular de una sirena.
Un coche patrulla se detuvo en la carretera próxima a la playa.

Descendieron dos policías uniformados. Uno de ellos lucía en el pecho una estrella de latón. Las botas de los agentes se hundieron en la fina arena de la playa. Caminaron abriéndose paso entre los curiosos.

—Buenas tardes, señor Sutton. Jeffrey

Sutton giró.
Entornó los ojos molesto por el sol que se inclinaba rojizo tras el horizonte.
—Hola, sheriff.

Jerry Collins, sheriff de Reed City, no correspondió a la cordial sonrisa de Sutton. No le simpatizaban los tipos forrados de dólares.
—Sospecho que trata de sacar algo del mar.

—¿De veras? Es usted muy sagaz, sheriff. El representante de la ley enrojeció.
Máxime al percatarse de las risas de Janet y Carol.
—¿Tiene autorización, señor Sutton?

—¿Autorización para qué?

Jerry Collins apoyó los pulgares sobre la hebilla del cinturón. Con una mueca de suficiencia.

—No le está permitido arrastrar objetos extraños hasta la orilla, señor Sutton. Debió dar aviso a las autoridades. El servicio de guardacostas se ocupa de detectar el objeto y decidir el sacarlo a la superficie.

—Le ahorraré el trabajo al servicio de guardacostas.
—Ese objeto no le pertenece, señor Sutton.

Jeffrey Sutton fue borrando paulatinamente la sonrisa.

—Si me pertenece, sheriff. Yo lo he encontrado, lo he sacado del mar y me quedaré con él. Si también le interesa al Gobierno puede que lleguemos a un acuerdo. Mientras tanto no me...

Un ensordecedor griterío ahogó la voz de Sutton. El objeto ya había salido a la superficie.
Estaba en la orilla.

Lo arrastraron unas yardas más, adentrándolo en la playa y dejando tras de sí un profundo surco.
Jeffrey Sutton se había aproximado a grandes zancadas.
—¡Limpiadlo...! ¡Quitad toda esa basura!

Varias espátulas comenzaron a arrancar las algas, el musgo y las plantas marinas que recubrían por completo el objeto.

Sí.

Tenía forma de cruz. Cuatro cajas rectangulares de hierro. De algo más de un metro cada una. Cuatro cajas unidas entre sí formando una cruz. Los engarces de unión dibujaban un círculo.
Una plancha circular también de hierro.
—¿Y ahora qué, patrón?

Salkow sonreía feliz. El torso desnudo. Sudoroso.
—Quitad los remaches de ese círculo. Parece ser la clave para poder abrir las cajas.

—Enseguida, patrón.
—¡Un momento! —exclamó el sheriff— ¿No puede hacer eso, señor Sutton!

—Dígamelo por escrito, sheriff. Especificando la orden que lo prohíbe. Sólo entonces le obedeceré.

Jerry Collins dudó.

Y su indecisión fue aprovechada por John Salkow y dos hombres más para utilizar las herramientas contra los remaches.
Fue una labor difícil.

Aquellos engarces parecían soldados al hierro. El enmohecimiento

tampoco facilitaba el trabajo.

Poco a poco, fueron quitando los remaches. La circular tapa central quedó suelta. Y al quitarla aparecieron las anillas. Asomando a cada lado de las cajas rectangulares.

—La caja circular de unión está hueca —dijo John Salkow—, Hay algo grabado en el fondo...

—¡Tiremos de las anillas! —gritó uno de los que colaboraban en el trabajo. Su sugerencia fue bien recibida.

Varias manos fueron en busca de las anillas.

Y al tirar de ellas fue saliendo una fina barra de acero que servía de sujeción a las planchas metálicas.

Las cuatro cajas rectangulares abatieron las pesadas láminas de hierro. Dejando al descubierto su contenido.
Cuatro ataúdes.
—¡Infiernos...!

La exclamación de Salkow fue coreada con diferentes matices por gran número de los allí presentes.

Cuatro ataúdes iguales. En tamaño y diseño.

Sobre la tapa de cada uno de ellos, un extraño escudo. La madera negra. Con profusión de grabados y signos.

Jeffrey Sutton fue el primero en reaccionar a la inmovilidad de todos los presentes. Atrapó una de las herramientas levantando con facilidad la tapa del ataúd más cercano. John Salkow y dos hombres más le imitaron.

Las tapas de los cuatro ataúdes fueron descubiertas.

Y los más próximos, especialmente las mujeres, comenzaron a gritar. Janet era la que más gritaba.
Un espeluznante alarido de terror.

Jeffrey Sutton giró lentamente hacia et representante de la ley. Con marcada palidez en el rostro.

—Sheriff... tenía razón. No me pertenece. Son suyos. El sheriff Collins no respondió.

También estaba pálido.
Contemplando alucinado los cuatro cadáveres.

Cuatro cuerpos incorruptos. Tres mujeres y un hombre. Sin cabeza. Cuatro cadáveres decapitados.

* * *

—No es nada grave. Un ataque de nervios. Le he proporcionado un calmante y dormirá toda la noche.

—Acompaña al doctor, Jeffrey —dijo Carol al pie del lecho—. Yo me quedaré al cuidado de Janet.

Sutton abandonó la habitación en compañía del doctor. Se

encaminaron hacia el ascensor.

—No debe preocuparse, muchacho. Estoy al corriente del hallazgo de la playa. Es lógica una crisis nerviosa en una joven sensible. Seguro que no fue un espectáculo agradable.
—No... No lo fue.
En la recepción del Kane Hotel, abonó los honorarios del doctor.

—Si me necesitan de nuevo ya disponen de mi número de teléfono; aunque la joven ya está del todo tranquila. Mañana despertará del todo recuperada. Buenas noches.
—Adiós, doctor.
Jeffrey Sutton pasó al contiguo salón social.

En el mostrador del pequeño bar, estaba Mark Sullivan. Frente a una jarra de cerveza con ginebra.
—¿Cómo se encuentra Janet?
Sutton se acomodó en un taburete contiguo.

—Bien. Ahora duerme. El doctor dice que es una simple crisis de nervios pasajera. Un ataque de nervios originado por el macabro espectáculo de la playa.
—Nosotros sabemos que es algo más.

—Sí, maldita sea... ¿Cómo diablos pudo verlo, Mark? ¿Cómo logró Janet ver a ese cadáver dibujado sobre las aguas?

—Lo imaginó, Jeffrey. El que en una de las cajas se encontrara un decapitado es simple coincidencia.

—Eso no te lo crees ni tú, Mark. Janet aseguró haber visto flotando sobre el mar el cuerpo de un hombre decapitado. Con una extraña vestimenta. Y tam- bien...

casualmente el cadáver de la caja viste una túnica roja con un círculo negro en el pecho. Vestimenta similar a la de las tres mujeres decapitadas que le acompañan.

Sullivan sintió un escalofrío. Bebió un largo trago.
—No sé qué decirte, Jeffrey... no lo sé.

—Ahí llega el sheriff —dijo Sutton, con la mirada fija en la amplia cristalera del salón—. Viene hacia aquí.

—Sí.... y no parece muy risueño.

El representante de la ley entró en el salón social del Kane Hotel a los pocos minutos. Ciertamente la expresión de su rostro era poco tranquilizadora.

—Acompáñeme a mi oficina, señor Sutton. Los dos. Deben prestar declaración. Y las chicas que les acompañaron en el yate también.
—Una de ellas está indispuesta, sheriff.

—Bueno... supongo que con la declaración de ustedes será más que suficiente. ¡Maldita sea, señor Sutton!... ¡Buen jaleo ha organizado!
—No era mi intención ocasionarle problemas.

—¿Problemas? ¿A mí? ¡Todo Reed City está alborotado! En el Garden Hotel, y aquí en el Kane, se han anulado infinidad de habitaciones. Los clientes huyen como si fuera la peste. No quieren bañarse en una pía ya donde se pescan cadáveres decapitados.

—Todo eso es histeria.

—¿De veras? Se tramitan varias demandas contra usted, señor Sutton. Por daños y prejuicios.
—Yo soy abogado —intervino Mark Sullivan—, De nada pueden acusar al señor Sutton.

—Ya hablaremos de eso.
Ahora acompáñenme.
Abandonaron el Kane Hotel.

En las oficinas del sheriff, firmaron su declaración de los hechos. Sutton y Sullivan, de mutuo acuerdo, silenciaron la visión de Janet. Demasiado alucinante para ser creída.

—Bien... Tengo aquí el nombre de sus acompañantes según el registro del Kane Hotel. Janet Barnes y Carol Wilder, ¿correcto?
—Correcto, sheriff.
—Pueden proporcionarme el domicilio de las señoritas. Simple rutina.

—Lo ignoro —respondió Sutton—, Forman parte del conjunto del Pessoa Club de San Francisco. Las conocí hace un par de semanas y las invité a este pequeño recorrido por las costas californianas. Son dos buenas chicas. No sé más de ellas ni me preocupé en interrogarlas.
Jerry Collins sonrió reclinándose en el sillón giratorio.
—Comprendo. Un par de furcias, ¿no?

—Ya le he dicho que lo ignoro, sheriff —respondió Sutton, fríamente —, ¿Por qué no

pregunta a la alcahueta de su madre? Tal vez esté mejor informada. El sheriff enrojeció.

Boqueó unos instantes.
Parecía próximo a un ataque de apoplejía.

—Va a lamentar esas palabras, Sutton. Voy a acusarle de desacato y...

—Piénselo antes, sheriff —argumentó Mark Sullivan—. Ha insultado al señor Sutton. Muy gravemente. Ha difamado su buen nombre al afirmar que se hacía acompañar de prostitutas. También las señoritas Barnes y Wilder, a las que igualmente represento corno abogado, pueden sentirse muy molestas por su insulto.

Jerry Collins volvió a boquear. Ahora sin saber qué responder.

Una llamada por el interfono situado sobre la mesa escritorio le salvó de la tensa situación.

Pulsó una palanca del interfono.
—¡Qué ocurre! —gritó sobre el aparato.

Una voz, sin duda impresionada por el tono del representante de la ley, carraspeó antes de hablar.
Sonó nerviosamente por el micro.
—Se trata de Douglas, sheriff. El encargado del depósito de cadáveres.

—¡Ya sé quién es Douglas, maldita sea! La voz carraspeó de nuevo.

—Es... es con relación a los cuatro cadáveres decapitados. Uno de ellos... el del hombre...
—¡Condenado seas, Steve! —vociferó el sheriff—, ¡Habla de una vez!
—Douglas... Douglas asegura que el cadáver... el cadáver se mueve.

CAPITULO IV

El cadáver correspondía al de un hombre alto. Extremadamente delgado. Las manos blanquecinas tenían largos y huesudos dedos.
Un cadáver muy bien acompañado.

Las tres mujeres decapitadas debieron ser muy bellas en vida. Imposible asegurarlo sin contar con la cabeza, pero sus cuerpos, mágicamente intactos, acusaban una perfección de formas comparable a las diosas del Olimpo.

—
Eres
un
idiota,
Douglas.
Douglas
tragó
saliva.

—Le juro que es cierto, sheriff. Primero fue el ruido. Como si teclearan sobre la madera del ataúd. Parecían unas señas en clave. Me aproximé... y le vi. Su mano derecha. Moviendo el dedo índice contra la madera.

—Haré que pierdas el empleo, Douglas. ¡Eso también yo te lo juro!
—¡Es la verdad!

Jerry Collins atrapó al individuo por las solapas de la blanca bata. Lo zarandeó un par de veces.

—Escucha con atención, Douglas. Si te dedicas a divulgar esas tonterías por Reed City te encarcelaré por alterar el orden público, ¿has comprendido? ¡Y ahora lárgate!
Douglas abandonó precipitadamente la sala.

Los cuatro ataúdes habían sido acondicionados en una sala especial del depósito de cadáveres de Reed City. Ciertamente aquéllos eran unos cadáveres muy especiales.

El juez ya había levantado acta de los hechos. De San Francisco había salido ya un equipo de investigación especializado.

—Por todos los... ¿qué diablos hace, Sutton? ¡No toque nada!

Jeffrey Sutton estaba inclinado sobre una de las circulares planchas de hierro que sirvieran de unión a las cuatro cajas metálicas. La lámina circular del fondo. Todo el armazón de la extraña cruz de hierro estaba allí en la sala.

—¿Ha leído el grabado, sheriff?
—No toque nada, Sutton.

Jeffrey Sutton hizo caso omiso a la reiterada advertencia del representante de la ley. Siguió inclinado sobre la circular plancha. Limpiando con un paño algunas de las letras más borrosas. Quedó perfectamente nítido lo grabado en el círculo.
Una breve e inquietante inscripción:

> «El pueblo de Woodsville ha vencido a las brujas y al infernal Gran Maestre Rojo. Que jamás mano humana los rescate de las profundidades del mar. Que jamás sus cabezas salgan de las entrañas de la tierra.»

—Curioso, ¿verdad, sheriff?
Jerry Collins hizo una mueca.
Sí.
También él había leído aquella inscripción. Y no le había gustado en absoluto.
—Salgamos de aquí, Sutton. No debí permitir que me acompañara.

—¿Por qué no? Soy parte interesada en el asunto, sheriff. Yo he sacado... *esto* del mar.

—Un equipo especial de investigación llegará pronto de San Francisco para hacerse cargo de su... hallazgo. Estoy deseando que se lleven semejante mercancía de Reed City. No me agrada este tipo de publicidad. La noticia ya ha sido divulgada por un periodista local. Con fotografías.

—Apuesto que ha hecho un buen negocio.

—Seguro. Ya ha vendido reportaje y fotografías a una importante agencia de Prensa. El muy bastardo reaccionó mejor que yo. Cuando ordené acordonar la zona de la playa, llamar al juez y retirar los cuatro ataúdes: ya el periodista había realizado una docena de fotografías. Mañana todos los periódicos de California proporcionarán noticia del macabro descubrimiento. Y pronto en todos los periódicos de Estados Unidos. Fea publicidad para Reed City.

—Lo enfoca por el lado malo, sheriff. Yo en su lugar me entrevistaría ahora con el alcalde. No consentiría que los cuatro cadáveres fueran sacados de Reed City y conducidos a San Francisco. Son de Reed City. Pertenecen a su patrimonio. Ahora sólo conoce la psicosis de unos viejos veraneantes que abandonaron sus plazas hoteleras; pero... ¿imagina la reacción del público morboso? Pagarán por ver a esos cuatro cadáveres decapitados y, misteriosamente incorruptos, rescatados de las profundidades marinas. ¿Quiénes son? Cuatro seres diabólicos según la inscripción.

—El tener aquí a...

Jerry Collins había desviado la mirada
hacia los cuatro ataúdes. Enmudeció.
Pálido.
Con una mueca de terror e incredulidad en el rostro.

Jeffrey Sutton descubrió y compartió esa alucinante sensación que se había apoderado del representante de la ley. También sus ojos habían detectado el extraño y sobrenatural hecho.

En el cadáver del hombre decapitado.

La amputación realizada en el cuello había adquirido un marcado tono rojizo, anteriormente verdoso y oscuro. Y ahora, del cercenado tronco humano, parecía querer brotar sangre.

—Cielos...

—Tranquilo, sheriff. Puede que el cadáver, al contacto con el aire, se

origine una... una...

Sutton también quedó sin habla.

Unas diminutas gotas brotaron del cercenado cadáver. Gotas rojas que salpicaron sobre la madera del ataúd.
Gotas de sangre.

—¡Doctor Stewart...! ¡Doctor Stewart! —gritó el sheriff, como un poseso—. ¡Doctor Stewart...!

El doctor Stewart, médico forense y director del depósito de cadáveres de Reed City, acudió a los pocos minutos y penetró perplejo en la sala.

—¿Qué te ocurre, Jerry? Este no es el lugar más adecuado
para ponerte a vociferar. El sheriff no despegó los labios.
Sólo señaló hacia el cadáver del hombre decapitado.
El doctor Stewart era un individuo de avanzada edad. Llevaba diez años en Reed City. Allí

eran pocas las muertes por accidente o defunciones violentas. Y, por lo tanto, mínimas las autopsias a realizar; no obstante, Stewart había trabajado una larga temporada en la Morgue de Los Angeles.

No.
No había olvidado aquella temporada.

La circulación de cadáveres en la Morgue de Los Angeles casi se podía regular con semáforos. Fiambres y más fiambres. Eran muchas las entradas y salidas del depósito. Accidentes de tráfico, homicidios, asesinatos, palizas mortales... Autopsias y más autopsias.

El doctor Stewart tenía estómago.
Creía haberlo visto todo.
Estaba muy equivocado.
—¿Qué... qué... es eso?

—¡Maldita sea, doctor! —volvió a vociferar Jerry Collins—. ¡Le he llamado para que me responda! ¿Qué le ocurre a ese cadáver? ¿Por qué está sangrando?
El doctor Stewart parpadeó.

Sin dar crédito a lo que contemplaban sus ojos.
—No... no lo sé... Se supone que lleva años muerto...

—¿Cómo pudo conservarse el cadáver incorrupto, doctor? —interrogó Sutton—, Los cuatro cadáveres. Incluso las ropas. Nada parece haberse alterado.
El doctor reaccionó a su aturdimiento.

—Salgan de aquí, por favor. Voy a precintar la sala. El sheriff Collins asintió.
Empujó a Jeffrey Sutton hacia la salida.

—Regrese al hotel, Sutton. Tal vez mañana, ya con el equipo de expertos, quede todo solucionado. Buenas noches.
—Dudo que pueda dormir, sheriff.
El representante de la ley forzó una sonrisa.

—No se avergüence de ello.

Tampoco yo pegaré ojo. Jeffrey Sutton se encaminó hacia el Kane Hotel.

Al ver la llave en el casillero de recepción sospechó que su compañero Sullivan todavía no se había retirado a dormir.
Le encontró en el bar del salón social.
—¿Aún aquí, Mark?

—Te estaba esperando, Jeffrey. Hice bien en no querer acompañarte al depósito de cadáveres, ¿verdad?

Sutton se encaramó en uno de los taburetes.
—Seguro, Mark.

—Lo suponía. Ese tal Douglas es un loco, ¿no? Un tipo que también sufre de los nervios. Un cadáver es un cadáver. Y los muertos no se mueven. No ha sido buena idea querer acompañar al sheriff, Jeffrey. Tú m eres un patán para dar crédito a historias de fantasmas
Sutton hizo una señal al barman.

—Cerveza con ginebra. En jarra doble.

Sullivan bizqueó.
Aquello no era normal en Sutton.

—Jeffrey... ¿te encuentras bien?

—Lo estaré, Mark. Lo estaré después de ventilarme tres o cuatro jarras. Las necesito para poder conciliar el sueño.

CAPITULO V

Como si se tratara del día de la fiesta nacional.

Reed City había amanecido con un bullicio ensordecedor. Ya desde primeras horas de la mañana. Varios canales de televisión habían desplazado unidades móviles. Periodistas a sueldo de la prensa sensacionalista estaban también en Reed City.

Y curiosos.

Infinidad de curiosos llegados desde San José, Fresno y pueblos cercanos a Reed City. El artículo y las fotografías de Cliff Marlowe, periodista de Reed City, estaban ya

publicadas. Unas fotografías espeluznantes. También había transcrito parte de la inscripción del círculo. Lo que pudo descifrar de la fotografía tomada. Más que suficiente para despertar el morbo y el interés del público.

—Estaba en lo cierto, Sutton. La morbosidad del hombre alcanza cotas insospechadas. La imprenta del viejo Lou está trabajando desde la madrugada. Fotografías en color. Unas que Cliff Marlowe se reservó. Fotografías en color de los cuatro decapitados. Deliciosas postales para los turistas.

Jeffrey Sutton sonrió apoyado en una de las artísticas columnas del porche del Kane Hotel.

—Puede que el tal Marlowe se lleve una desagradable sorpresa. No le he dado autorización para que comercialice mi descubrimiento. Tal vez le pida una indemnización.

El sheriff Collins sonrió correspondiendo a la ironía de Sutton.

—¿Sabe una cosa, Sutton? Yo le obligaría a cargar con esos cuatro cadáveres. Usted los sacó del mar, ¿no? Pues suyos son. ¡Cargar con ellos y con la maldición!

—¿La maldición?

Jerry Collins hizo una mueca.

Un gesto que borró la anterior sonrisa.

—Olvídelo.

—¡Oh, no, sheriff...! Cuénteme. Me gustan las historias de miedo.

Le invito a un trago. Sutton casi empujó al representante de la ley hacia el interior del hotel.

Pasaron ante el mostrador de recepción para dirigirse hacia el salón social de la planta baja.
—¡Señor Sutton...!
Jeffrey Sutton desvió la mirada hacia el recepcionista.

—¿Sí?
—Tiene una llamada de...

—¡Ya le he dicho que no estoy para nadie, maldita sea! ¡Toda la mañana con periodistas incordiando!

—Es de la Falls Press de Nueva York, señor —se disculpó el conserje—. Dice que es muy importante que...

—¡Al diablo con ellos! No estoy para nadie. Tanto yo como el señor Sullivan y las señoritas Barnes y Wilder hemos abandonado Reed City, ¿de acuerdo?
—Muy bien, señor.
Sutton y el sheriff pasaron al salón social.

—Se ha hecho famoso, Sutton. Antes sólo era conocido en el mundo empresarial y entre los magnates; pero ahora ya es popular por los titulares de los periódicos. «El millonario Sutton pesca cuatro cadáveres para su colección de trofeos».

—Desconocía su humor negro, sheriff —sonrió Sutton, sentándose en uno de los taburetes—. Tomaré un whisky.

—Para mí aún es pronto. Un zumo de naranja con un poco de brandy. Les fueron servidos los pedidos.
—¿Consiguió dormir, Sutton?
—No muy bien.

—¿Pesadillas...? ¡Cielos, Sutton! El recordar lo ocurrido ayer en el depósito de cadáveres me pone la piel de gallina. Y para incrementar mi nerviosismo, todo este bullicio y las declaraciones de Badham.

—¿Quién es ése? Jerry Collins parpadeó. Sorprendido por la ignorancia de su interlocutor.

—Robert Badham es un afamado brujo de Los Angeles. Las más importantes estrellas de Hollywood esperan turno para ser recibidas por él. Ahora está aquí. En Reed City. También el gran Badham se ha desplazado para contemplar los cuatro decapitados. Hizo unas interesantes declaraciones.

—Comprendo. Un engañabobos.

—No lo crea, Sutton. Robert Badham tiene realmente extraordinarios poderes psíquicos y supranormales. Es un conocedor de los temas de brujería. Tiene referencias de las brujas de Woodsville. Capitaneadas por el mismísimo Satanás que las convirtió en sus discípulas preferidas. Sembrando el terror en la comarca. Cuando el pueblo, acosado por tanto horror y muerte, logró exterminarlas las hizo decapitar. Ellas juraron que volverían y serían las dueñas de Woodsville. Los hombres buenos de Woodsville elevaron una súplica para que las fuerzas del Averno no salieran

triunfantes y nadie rescatara jamás a las brujas. Conjuraron una maldición contra quien se atreviera a despertar el eter-no sueño de las brujas de Woodsville. Robert Badham no mencionó para nada a ese tal Gran Maestre Rojo.

Jeffrey Sutton sonrió.
—Una maldición lanzada por los hombres buenos de Woodsville... Tiene gracia.

—Celebro que lo encuentre divertido, Sutton. Personalmente no me gustaría estar en su pellejo.
—Tonterías, sheriff. Estamos en los umbrales del siglo XXI. No es tiempo de brujas.

—¿De veras? ¿Qué me dice de los cuatro cadáveres incorruptos? Cierto que no son los primeros cadáveres que, al procederse al traslado de nicho, se descubren intactos después del tiempo; pero sí es el primer caso de un cadáver que comienza a sangrar después de más de cien años muerto.

—¿Cien años?

Jerry Collins bebió un largo trago. Asintió.

—Robert Badham sitúa la historia de las brujas de Woodsville en el siglo XIX. Concretamente en el año 1825. En California. Se trata del Woodsville emplazado al Sur.

Al lado de Yuma, aunque más cercano con la frontera de Arizona. Una localidad industrial poderosa, Sutton. De seguro no les habrá gustado que se remuevan viejas historias y...

Un alarido desgarrador interrumpió al sheriff.

Un espeluznante grito femenino que resonó con fuerza en todo el hotel. Jeffrey Sutton lo identificó. Era Carol Wilder quien gritaba.

* * *

Janet sonrió levemente.

—Ya te he dicho que puedes ir con toda tranquilidad. Carol. Me encuentro perfectamente. Sólo un poco aturdida por tantas horas de sueño, pero estoy bien. No te miento.

Carol se contempló unos instantes frente al longitudinal espejo del armario. Tomó un bolso de mano girando hacia su compañera Janet, que todavía permanecía en el lecho.

—Ahí tienes el desayuno, Janet. Antes de que lo termines, estaré de regreso. Si debo esperar turno, no me quedaré, ¿de acuerdo?

—No seas tonta, Carol. Te hace mucha falta un buen retoque en la peluquería. ¡Estás horrorosa!

Las dos muchachas rieron al unísono. Carol se encaminó hacia la puerta. Agitó alegremente la mano.

—¡Hasta pronto!
—Carol...
—¿Si?

—¿Está Jeffrey en la habitación? —interrogó Janet, dirigiendo una mirada a la puerta que comunicaba con la estancia contigua.

—No. Bajó hace ya un par de horas. Primero pasó por aquí para ver si estabas ya despierta, pero tú continuabas durmiendo feliz y tranquila.

Ignoro si todavía está Mark. ¿Quieres qué...?

—No, Carol, déjalo —interrumpió Janet—. Voy a darme un baño para despejar mi aturdimiento.

—Primero toma el desayuno. ¡Hasta luego!
Carol abandonó la estancia.

Janet saltó de inmediato del lecho. Sus piernas flaquearon al entrar en contacto con el suelo. Sin duda los efectos del somnífero. Con torpe paso acudió hacia la puerta deslizando la barra de cierre del cerrojo.

Seguidamente se encaminó hacia la puerta que comunicaba con la estancia contigua colocando también el cierre.
Sí.

Tenía miedo.
Un injustificable pánico.

Janet se estremeció cruzando los brazos sobre su pecho. Lucía una *négligé* muy cortita.

Bajo la fina tela se transparentaba la diminuta braguita de encaje negro.

A los pies del lecho, una bata de seda que la muchacha se ajustó anudándola a la cintura.

La sensación de frío continuó dominando a Janet. Contempló la bandeja del desayuno.
Café, leche, tostadas, tarta de manzana, mantequilla, mermelada...

Janet sintió una súbita náusea. Corrió hacia el cuarto de baño vomitando aparatosamente sobre el lavabo. Permaneció unos instantes inmóvil. Inclinada sobre la taza.

Retornó lentamente al lecho.

Demoraría unos minutos el proyectado baño. El desayuno quedaba descartado por completo.

No se encontraba bien.
Se reclinó en la cama apoyando la espalda en el cabezal.

Frente a ella, al fondo, la puerta de entrada a la estancia. A la izquierda la puerta que comunicaba con la habitación contigua. A la derecha, entre el *boudoir* y el armario, la entrada al cuarto de baño.

Janet fue agrandando paulatinamente los ojos. Su rostro adquirió la palidez de la azucena.

Contempló horrorizada la barreta del derrojo. La situada sobre la puerta de entrada a la habitación. La que ella había ajustado cuidadosamente.

La barra se estaba moviendo. Deslizándose lentamente. Sin que nadie la tocara.

Janet sacudió la cabeza a la vez que parpadeaba repetidamente.

Aquello no podía ser cierto. Era una alucinación.
Volvió a fijar sus ojos en el cerrojo.

La dorada barreta ya se había deslizado por completo. Y la puerta comenzó a abrirse.
Poco a poco.

Lo primero que asomó fue una mano. Una mano blanquecina de largos y huesudos dedos.

Janet desencajó las facciones al abrir desmesuradamente la boca. En una mueca de terror. Con los ojos desorbitados.
Paralizada por el horror.

Quiso incorporarse, gritar, escapar de aquel espanto...; sin embargo permaneció inmóvil. Ni el menor sonido brotó de su garganta. El terror la dominaba por completo. Contempló con indescriptible pavor el avance de aquella infernal criatura.

Con las blancas manos extendidas hacia Janet. Con los dedos engarfiados. Con los descalzos pies asomando bajo la larga túnica roja...

¡Y
sin
cabeza!
Sí.

Aquella irreal criatura era el hombre decapitado del ataúd. Ya estaba a poca distancia de Janet. Ya sus frías y lechosas manos rozaban el frágil cuello de la muchacha.

Y Janet, en el paroxismo del terror, se desvaneció. Ya jamás volvería a despertar.

CAPITULO VI

Jerry Collins penetró en su despacho llevando en la mano derecha unos folios mecanografiados. Se detuvo unos instantes al descubrir la presencia de Jeffrey Sutton.

—¿Todavía aquí, Sutton? Ya le he dicho que podía marcharse al hotel.

—Olvidé darle las gracias, sheriff.

Collins se acomodó en el sillón giratorio situado tras la mesa escritorio. Dirigió una inquisitiva mirada a Sutton.

—¿Gracias?

—Si, sheriff. Por agilizar todos los trámites con Carol y permitir que abandonara Reed City.

—Es lo menos que podía hacer —suspiró Collins, reclinándose en el respaldo—. La pobre chica ya ha vivido un día que jamás olvidará. Desde que descubrió el cadáver de su compañera y comenzó a gritar, hasta nuestra llegada, apenas transcurrieron unos breves minutos. Carol Wilder poco podía decirnos. No había razón para retenerla después de haber prestado declaración. Es lógico que deseara salir cuanto antes de Reed City. Imagino que también usted quiere hacerlo. Máxime ahora que se ha quedado solo.

Sutton encendió un cigarrillo.

Movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Se equivoca, sheriff. También yo pude haberme marchado con Carol y Sullivan. Y no estoy aquí por el *Fairy.* Una simple llamada telefónica y se harían cargo del yate.

—Janet Barnes.

—Correcto, sheriff. Janet, según hemos conocido por las declaraciones de Carol, no tenía familia. Sólo infinidad de amigos que llorarán su muerte. Quiero encargarme de que su cadáver sea trasladado a San Francisco.

—¿Unicamente eso motiva su permanencia aquí?

—¿Qué quiere decir, sheriff?

Jerry Collins empequeñeció

los ojos. Fijos en su interlocutor.

—Lo del traslado del cadáver de Janet también puede solucionarlo con una simple llamada de teléfono, Sutton. Sus palabras de esta mañana, jurando matar personalmente al asesino de Janet, las considero producto del estado de excitación en que se encontraba. Estamos trabajando en el caso, Sutton. Con todos nuestros medios. No son frecuentes los casos de asesinato en Reed City y voy a cazar al culpable. Será capturado por la ley, ¿comprende?

—Perfectamente.

—Me consta que dispone de dinero suficiente para movilizar a los mejores detectives privados de California tras la pista del asesino; pero eso perjudicaría la marcha de las investigaciones. Déme tiempo, Sutton. Le prometo que el asesino pagará su repugnante crimen.
Sutton sonrió.
Una fría e inexpresiva mueca.

—De eso no tengo la menor duda, sheriff.

Jerry Collins chasqueó la lengua.

—Vaya al hotel y descanse, Sutton. Es mejor... le aconsejo que regrese a San Francisco. Su presencia ya no es necesaria en Reed City. Ya me pondré en contacto con usted si...

—¿Cuándo conocerá el resultado de la autopsia? —interrumpió, exhalando una bocanada de humo—. Estaré aquí hasta que me facilite algún dato.

El representante de la ley desvió instintivamente la mirada hacia los folios mecanografiados.

—El ayudante del forense ha estado aquí. El doctor Stewart aún no ha redactado un informe oficial, pero algo me ha adelantado. Ya que no puede esperar a leerlo en los periódicos, le diré que Janet Barnes murió por rotura de laringe y del cartílago tiroideo. En pocas palabras: estrangulamiento.

—¿Estrangulamiento? ¿Y la herida del cuello? Esa especie de punzada... tenía una herida que...

—Sí, Sutton. Lo recuerdo perfectamente. Ambos la vimos al entrar. Esa herida fue realizada con un pequeño objeto circular y de múltiples agujas. Como una sortija de engarces afilados. Janet... Janet apenas tenía sangre en el cuerpo.

—¿Quiere decir...? Collins tragó saliva. Desvió la mirada para responder a Sutton.

—Sí, Sutton. Como si fuera atacada por un vampiro.

—¡Al diablo con eso! —gritó Jeffrey Sutton, incorporándose furioso—. Cadáveres decapitados, brujería, vampiros... No, sheriff. Un bastardo, un maldito hijo de perra, ha querido aprovechar esta histeria colectiva de Reed City. Con la intención de despistar a la policía. ¡Es un vulgar asesino! ¿Qué me dice de las ropas de Janet? Estaban desgarradas. La bata, el camisón, el slip...

—No puedo añadir más, Sutton. Compréndalo. Estamos investigando y...

—¡No han conseguido nada! —exclamó Sutton, arrojando el cigarrillo al suelo—. Sus expertos en dactiloscopia no han encontrado una sola huella del asesino. ¡Ninguna! Como si se tratara de un fantasma que...

Sutton se interrumpió.

Se llevó ambas manos al rostro.

También él instintivamente había mencionado a un fantasma. Sí.

Los cuatro cadáveres decapitados, la inscripción en el círculo... Una atmósfera fantasmal y diabólica parecía envolverlo todo.

—Buenas noches, Sutton. Jeffrey Sutton no respondió.

Lentamente se encaminó hacia la puerta del despacho para minutos más tarde abandonar las oficinas del sheriff.

Ya era noche en Reed City. Una bella noche de verano. Con el negro manto del cielo salpicado de destellantes estrellas que acompañaban a una esférica y nivea luna.
Una noche de enamorados.
Sutton dirigió sus pasos hacia el puerto.

Una noche de enamorados. Carol, Mark, Janet y Jeffrey. En alta mar. Bajo el cielo

estrellado y bañados por la luz de la luna.
Eso era lo proyectado.

Y ahora Janet estaba en el depósito de cadáveres.
Muerta.
Asesinada.

Jeffrey Sutton se detuvo bruscamente. Conocía el emplazamiento del *Fairy.* Fuera del puerto. En la playa.
La silueta del yate sí era visible desde el puerto.

Estaban iluminadas las cabinas interiores. Las correspondientes a los dormitorios. Y en aquel momento se encendieron los focos de una parte de la cubierta.
Jeffrey Sutton no tuvo duda alguna. Aquél era el *Fairy.* Alguien estaba en el yate.

* * *

Jeffrey Sutton utilizó una lancha de remos para aproximarse al yate. Quería llegar desapercibido.
Y lo consiguió.

Trepó a la embarcación por la parte de cubierta no iluminada. Avanzó sigiloso hacia la escotilla abierta de proa.
Bajó a las cabinas.

Fue en la primera de ellas. La correspondiente al dormitorio principal.
Allí estaba el intruso, aunque...
No.
No era un intruso.

Jeffrey Sutton contempló perplejo a la mujer que yacía sobre una de las camas gemelas. El rostro hundido en la almohada. Su sollozar era perfectamente audible.
—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?
La mujer se incorporó en un brusco sobresalto.

Era joven. De unos veintidós años de edad. En su rostro de singular belleza destacaban unos ojos verdes y unos pómulos gatunos. También sus labios. Unos labios de sensual curva carnosa y húmeda.

Un corto peinado en sus oscuros cabellos resaltaba ese perfecto rostro.

Vestía un ceñido pantalón tejano y camiseta de algodón con pañuelo de seda al cuello. Los juveniles senos se modelaban bajo la tela. Trémulos. Libres de sujetador. Marcando el erecto pezón sobre la ajustada camiseta.

La muchacha forzó una sonrisa a la vez que pasaba el dorso de la mano para borrar las lágrimas.
—Ho... hola, Jeffrey.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Quién eres?... Espera... Ya lo sé. Te recuerdo deambulando por el Kane Hotel. Junto con los periodistas. Esta tarde. Intentando hablar conmigo.

—Sin mucho éxito.
—Estabas más guapa con el vestido gris perla. Ahora, con vestimenta más provocativa,

tampoco conseguirás entrevistarme. ¿Sabes nadar?

—He llegado a nado hasta aquí, Jeffrey. El pantalón y la camiseta en una bolsa impermeable. Acabo de ponerme la ropa. Sospechaba que hoy no pernoctarías en el Kane Hotel. Allí siguen los periodistas en tu espera.
—Lárgate con tus compañeros.
—No soy periodista, Jeffrey.

Sutton había girado sobre sus talones pasando al pequeño salón. Del mueble bar extrajo una botella de whisky.
La joven fue tras él.

—No soy periodista —volvió a repetir la muchacha ante el silencio de Sutton—, Necesito hablar contigo. En relación con... con el Gran Maestre Rojo.

Jeffrey Sutton hizo una mueca. Vació el vaso de un solo golpe.

—¿Me tomas por idiota? No conseguirás engañarme. Eres una periodista. Intentando sonsacarme datos para poder alimentar a tus morbosos lectores. Buena carnaza, ¿verdad? Cadáveres decapitados, supuesta brujería

y ahora un bonito asesinato. ¡Vete y déjame en paz!

—Te equivocas conmigo, Jeffrey. No necesito datos sobre el Gran Maestre Rojo y las brujas de Woodsville. Sé todo sobre ellos.

Sutton interrumpió el iniciado ademán de volver a llenar el vaso. Dirigió una penetrante mirada a la joven.
Aquellos verdes ojos estaban nuevamente nublados.
—¿Quién eres...? ¿Qué quieres de mí?

—Mi nombre es Stella Dawn. Hija del profesor Walter Dawn. Mi padre fue catedrático del City College de San Francisco. También profesor de Parapsicología. Escribió varios libros sobre ciencias ocultas, magia negra, brujería, satanismo... Estudios científicos.

Siempre basados en hechos probados o documentados. Sabía diferenciar la superchería del hecho supranormal. Mi padre no era fácil de engañar ni se dejaba impresionar por sucesos aparentemente sobrenaturales. Su obra cumbre fue un laborioso tratado sobre la historia de la brujería en Norteamérica. Desde la época de los primeros colonos hasta nuestros días. No llegó a terminar su obra. Quedó interrumpida en el año 1825. Cuando investigaba sobre las llamadas brujas de Woodsville.

—¿Murió?
—Sí. Bueno... supongo que sí.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decir? Stella esbozó una sonrisa.

—¿Puedes servirme un poco de brandy? Tengo algo de frío. El agua estaba muy fría y aún no he reaccionado.

—Sí, claro... Disculpa mi descortesía. Creí estar frente a uno de esos insaciables periodistas —Sutton le sirvió una copa de Courvoisier—. ¿Qué le ocurrió a tu padre?

—Fue hace exactamente cuatro años. Mi padre estaba entusiasmado con su trabajo sobre la historia de la brujería en los EE.UU. También yo. Colaboraba en sus investigaciones. Le ayudaba a seleccionar datos, sinopsis, a mecanografiar folios... El año 1825 fue pródigo en acontecimientos relacionados con la brujería; pero el más

sensacional de los casos se originó precisamente aquí. En California. En Woodsville. Las brujas de Woodsville...

Stella hizo una pausa.
Bebió un pequeño sorbo de brandy.

Luego, con la mirada fija en la copa, prosiguió:

—Todo lo inició una muchacha llamada Leyla. Tuvo acceso carnal con un extraño hombre llamado Cary Goldstone. El conde Goldstone. Un hombre que llegó procedente de Inglaterra y se construyó un pequeño castillo en lo más alto de los acantilados de Woodsville. Lejos del pueblo. Vivía solo. Todos los habitantes de Woodsville rehuían pasar cerca del castillo. Leyla fue la excepción. Desde aquel primer encuentro con el conde Goldstone, empezaron las misteriosas muertes en Woodsville. Niños desangrados. Muchachas desparecidas... También llegaron rumores de desenfrenadas orgías en el castillo de Goldstone. Fue un tiempo de terror y muerte. Nadie se atrevía a salir de sus casas. Cierta noche los hombres de Woodsville decidieron poner fin a todo aquel estado de horror. Acudieron en masa hacia el castillo. Allí descubrieron a Leyla, Gladys, Emma y otras muchachas más de Woodsville. En una ceremonia de sacrificio en honor a Satanás. Bebiendo la sangre de una joven dada por desaparecida en el pueblo aquel mismo día. El conde Goldstone presidía el sacrificio. En un espeluznante torno adornado por signos del Averno.

»Ninguno rechazó las acusaciones de satanismo y brujería. Todo lo contrario. Leyla, Gladys y Emma se declararon discípulas del Diablo. Afirmaron haber recibido poderes del infierno para realizar los más alucinantes prodigios de brujería. Seleccionaban a las mu-chachas más licenciosas de Woodsville para iniciarlas en la brujería y transmitirles los poderes infernales a las más dotadas. Las que no reunían condiciones eran sacrificadas. El conde Goldstone confesó ser un bastardo del diablo. Según Goldstone, su madre fue seducida por un íncubo que la recompensó con diabólicos poderes. Poderes que fueron heredados por Cary Goldstone. Huyó de Inglaterra perseguido por sus prácticas de brujería y satanismo. Y aquí, en California, fundó la secta de los Adoradores de la Sangre. Bebiendo sangre humana se conservarían siempre jóvenes por gracia de Satán.

—Beber sangre humana...

—Sí, Jeffrey. No quiero extenderme en las horribles prácticas de

brujería confesadas por Leyla, Gladys y Emma. Siempre guiadas por el conde Goldstone, que se hacía llamar el Gran Maestre Rojo. Los hombres de Woodsville incendiaron el castillo. Con las brujas dentro. A excepción de Gladys, Emma y Leyla. Ellas, junto con Cary Goldstone, por ser los principales cabecillas, recibirían un trato especial. Sin duda, alguno de Woodsville conocía el «Martillo de brujas».

—Un libro, ¿verdad?

—Correcto, Jeffrey. «Martillo de brujas» o *Malleus maleftcarum.* Escrito por unos dominicos integrantes de los tribunales de la Inquisición. Allá por el año 1486. Es un tratado contra la brujería. En él se dice cómo combatirla. Uno de esos métodos contra brujas de extraordinario poder o espíritus infernales con forma humana es decapitarlos y arrojarlos al mar. La cabeza debe ser enterrada en un cofre de hierro.

—Interesante historia.

—Mi padre profundizó en ella, Jeffrey. Tal vez demasiado. Se desplazó a Woodsville

para consultar en archivos, hemerotecas y recopilar datos que completaran su estudio. Realizó varias visitas a Woodsville. Incluso llegó hasta el ruinoso castillo del conde Goldstone que aún existe al borde de los acantilados. Los cadáveres decapitados habían sido arrojados al mar en cuatro cajas de hierro unidas entre sí formando una cruz. Lo que trataba averiguar mi padre era lo relacionado con las cabezas. ¿Qué había sido de ellas? Enterradas, sí, pero ¿dónde? No encontró respuesta alguna. Ni el menor dato aproximado del lugar. Cierto día, me telefoneó a San Francisco. Mi padre se encontraba en Woodsville. Su voz era nerviosa. Alterada. Recuerdo sus palabras. Una por una. Hace cuatro años de ello, pero no las he olvidado.

Stella alzó la mirada.

Sus ojos quedaron fijos en un punto indefinido. Habló con voz apenas audible.

—Mi padre mencionó el Gran Maestre Rojo... «No he dado con las cabezas, pero sí he visto al Gran Maestre Rojo. Con mis propios ojos. Ya te contaré, hija. Adiós». Esas fueron sus palabras. Ya no volvería a verle más. No regresó a San Francisco. Desapareció sin dejar rastro. Hace ya cuatro años. Cuatro años que he dedicado a buscarle sin resultado alguno.

—¿También la policía?
—Por supuesto.

—¿Partiendo de... de esa historia de brujería? La muchacha sonrió. Amargamente.

—Investigaron en Woodsville, aunque haciendo caso omiso a mis palabras. Lo del Gran Maestre Rojo y las brujas de Woodsville no era una pista a tener en consideración. Yo sí investigué partiendo de ahí. Repasando palabra por palabra todos los apuntes de mi pa-dre relacionados con las brujas de Woodsville; pero he fracasado. Han sido cuatro años de lucha sin éxito. Hoy, cuando los periódicos de San Francisco comentaban el macabro hallazgo en la playa de Reed City, salí de inmediato hacia aquí. Quería comprobar si realmente esos cuatro cadáveres decapitados correspondían a las brujas de Woodsville y al Gran Maestre Rojo; pero no me han permitido ver los cadáveres ni las cajas. Todo está bajo investigación oficial. He

cursado una petición y de seguro me será aprobada; aunque llevará algún tiempo. Y yo estoy impaciente, Jeffrey. Este suceso puede ser una pista para dar con mi padre. Quiero saber qué fue de él. Nada es más angustioso que la incertidumbre. El ignorar si está vivo o muerto... ¡Oh, Dios mío!

Stella ocultó el rostro entre sus manos. En ahogado sollozo.

—Tranquilízate, Stella. ¿Cómo puedes comprobar que realmente son los cadáveres de... de tu historia?

La joven posó sus llorosos ojos en Sutton.

—Hay unos grabados en los ataúdes. Unos signos contra el Mal sacados del Martillo de Brujas y otros detalles más que, de estar en los cuatro ataúdes encontrados, disiparían toda duda.

Jeffrey Sutton quedó unos instantes en silencio. Se sirvió una nueva dosis de whisky.

—De acuerdo, Stella. Hablaré con el sheriff de Reed City. También yo estoy interesado

en este asunto. Mi amiga, la muchacha asesinada hoy, apareció desangrada, aunque posiblemente no guarde relación alguna con tu fantástica historia de brujería.

—Demasiadas coincidencias, ¿no crees? Sutton asintió. Endureciendo las facciones.

—Sí... demasiadas. ¿Nos vamos? Trataré de convencer al sheriff Collins. Nos hemos hecho muy amigos.

—Ya no es sólo el sheriff, Jeffrey. Una comisión investigadora de San Francisco se ha hecho cargo del caso.
—Confía en mi, ¿de acuerdo?
Por primera vez los verdes ojos de Stella Dawn se iluminaron con un brillo de esperanza.

—Si, Jeffrey.
—Entonces en marcha.

Abandonaron el *Fairy* pasando a la pequeña barca. Jeffrey Sutton comenzó a remar.

Frente a él, Stella le contemplaba con sus verdes ojos. Ahora luminosos como las mismísimas estrellas.

Ya mucho antes de llegar a puerto escucharon el ulular de las sirenas. También divisaron a lo lejos el rojizo y veloz paso de los coches patrulla con la luz giratoria en la capota.
—¿Qué puede haber ocurrido?
Sutton comenzó a remar con más fuerza.

—No lo sé, pero algo grave para tanta movilización de vehículos de la policía. Arribaron a puerto subiendo precipitadamente la escalinata de acceso.

Terminaba Jeffrey Sutton de sujetar amarras cuando fueron enfocados por los faros de un auto patrulla.

Se escuchó un estridente chirriar de frenos.

Descendieron cuatro hombres. Cuatro agentes uniformados. Uno de

ellos era el sheriff de Reed City.

—¡Registrad todo el muelle! —vociferó Collins—. ¡Que no salga ninguna embarcación sin ser registrada!

—Llamada del auto RC-4, sheriff —avisó el agente que permanecía frente al volante—. El tráiler sospechoso ha resultado ser una falsa alarma.
—¡Maldita sea...!

—¿Qué ocurre, sheriff? —interrogó Jeffrey Sutton, aproximándose a grandes zancadas.
Jerry Collins sonrió.
Una mueca carente de alegría.

—Nada de importancia. Los cuatro cadáveres. Sus cuatro cadáveres decapitados han desaparecido.
—¿Desaparecido?
—Sí, Sutton. Han desaparecido del depósito. ¡Se han largado!

CAPITULO VII

Jeffrey Sutton se sorprendió de haber conseguido cenar. Cierto que no había probado alimento sólido desde que se descubriera el asesinato de Janet. Se mantuvo todo el día a base de whisky.

Sin embargo ahora, con la llegada de la noche y la compañía de Stella Dawn, se había sentado a la mesa.
Stella.
Sí.

Posiblemente fuera su compañía lo que animó a Sutton.
—¿Ninguna duda, Stella?

La muchacha, tras sorber un poco de café, denegó con un movimiento de cabeza.

—Ninguna, Jeffrey. Esos grabados en los ataúdes estaban descritos por mi padre en sus notas sobre las brujas de Woodsville. Signos contra los espíritus del Mal. Extraídos del «Martillo de brujas». No tengo duda. Me ha bastado con ver los ataúdes. Poco importa la desaparición de los cadáveres. El hombre decapitado era el conde Goldstone. Y los tres cadáveres femeninos corresponden a Leyla, Gladys y Emma. Las brujas de Woodsville.

Sutton encendió un cigarrillo.

Quiso sonreír cínicamente. Su clásica sonrisa despreocupada y burlona; pero no lo logró. Todo aquello era demasiado espeluznante para el sarcasmo.
—Oye, Stella... ¿cómo han podido conservarse intactos?
—¿Crees en Dios, Jeffrey?

—Me considero un hombre inteligente, Stella. Por lo tanto sí creo en Dios.

—Por la prensa se han comentado casos de cadáveres incorruptos a través del tiempo. Fenómenos más o menos explicables. Otros casos, el de hombres y mujeres que destacaron en vida por comportamiento santo, fueron recompensados por Dios evitando que sus cuerpos fueran devorados por los gusanos. Como premio a sus virtudes. Son muchos los cuerpos incorruptos que se conservan en iglesias y catedrales de todo el mundo.
—Pero el caso que nos ocupa es...

—Es la inversa —interrumpió Stella, con leve sonrisa—, No es la recompensa de Dios, sino la de Satanás. Existen las fuerzas del Bien y las del Mal. En eterna lucha. Satanás y su ejército infernal. Belcebú en combate con San Francisco, Asmodo contra san Juan, Astaroth siempre vencido por san Bartolomé... Así consta en todos los tratados de demonología. La demonografía, como complemento de la teología y la teodicea, es el estudio científico y razonado de la existencia y naturaleza de los demonios. Satanás premió a Leyla, Gladys y Emma manteniendo sus cuerpos incorruptos. En cuanto al conde Goldstone... tal vez sea en verdad un bastardo del Diablo. Según los estudios llevados a cabo por mi padre, el poder de Cary Goldstone era extraordinario. Propio de un espíritu infernal. Sobrenaturales poderes que legó en sus tres discípulas.

—¿Qué significado tiene ese círculo negro grabado en la túnica roja?

—Puedes considerarlo como el uniforme oficial de los Adoradores de la Sangre. El círculo es el emblema del conde Goldstone. Un pentáculo símbolo de su poder. Esa vestimenta es la misma que llevaban en el momento en que fueron sorprendidos y

atacados por los habitantes de Woodsville.
—Y se ha mantenido intacta durante más de cien años...

Stella asintió.

—No debe sorprenderte, Jeffrey. Una muestra insignificante de los poderes del Averno. Satanás y su corte infernal siguen sembrando el mal, ¿no es cierto? No ha sido derrotado, aunque tampoco es vencedor.

—Satanismo, brujería... Me parece todo tan absurdo. Tan irreal.

—Existe, Jeffrey, aunque es ignorado. Al igual que es ignorada por muchos la existencia de Dios. La consideran una fábula y los milagros una superchería para incautos. Luego, si descubren en cualquier acto esa existencia divina, se sorprenden de haber permanecido tanto tiempo ignorándola. Igual ocurre con Satanás y su poder.

—¿Qué opinas de la desaparición de los cuatro cadáveres? Stella tomó la cajetilla de tabaco depositada sobre la mesa. Encendió un cigarrillo.

—Prefiero no opinar.
—¿Por qué?

La muchacha demoró unos instantes la respuesta. Con la mirada fija en el extremo rojizo del cigarrillo.

—En California, como bien sabes, proliferan las sectas religiosas. Dirigidas por verdaderos fanáticos de nuevas religiones o bien por farsantes. Unos y otros igualmente peligrosos. Alguno de esos dirigentes con un poder espectacular. Capaz de inducir al suicidio colectivo, ¿recuerdas? Mi padre me mencionó una secta secreta actual en California. Una secta de muy pocos miembros. Una secta denominada Adoradores de la Sangre.

—¿Seguidores del Gran Maestre Rojo?

—Tal vez. Lo ignoro. Pero si esa secta ha recogido las enseñanzas del Gran Maestre Rojo... no dudaría en rescatar el cadáver del gran maestro. El cadáver del fundador. Junto con el de sus tres fieles discípulas.

—¿Esa es tu sospecha?
—Sí, Jeffrey.

En el rostro de Sutton se reflejó una instintiva mueca de escepticismo.

—Dudo que se arriesgaran a burlar a la policía sólo por rescatar un cadáver. Por mucho que represente para ellos, no es más que eso. Un cadáver.

—Te equivocas —dijo Stella, con grave voz—. Si esos cuatro cadáveres decapitados llegaran a juntarse con sus respectivas cabezas...

Jeffrey Sutton comenzó a reír. Nerviosamente.

—¡Por favor, Stella...! ¿Quieres hacerme creer que volverían a la vida?

—Sí, Jeffrey. Un conjuro especial, una invocación a Solithan, príncipe de las brujas, o una plegaria al mismísimo Lucifer bastarían para ello. Puede incluso que el aura maligna almacenada en el cuerpo decapitado de Goldstone y en el de sus tres discípulas sea más que suficiente. Ese cuerpo astral puede ejercer su infernal poder ya libre de la caja de hierro y de las profundidades del mar. Siempre que se una a la cabeza, cerebro regidor de la maldad.

—Es... es como para volverse loco.

—A mí no me sorprende, Jeffrey. Estoy familiarizada con el tema. De ahí que no me asuste el ir tras ellos.

Sutton tragó saliva.

—¿Ellos...? ¿Quiénes?

—Ellos, Jeffrey —sonrió la joven, levemente—. Los cuatro decapitados. Estarán camino de Woodsville. Al encuentro de sus cabezas.

—Cualquiera que te oiga creerá que te has escapado de un manicomio.

—Ya me lo han dicho en más de una ocasión. Y no me importa. Yo sé la verdad, Jeffrey. Los locos son los demás. Los que se burlan para disimular su ignorancia o su miedo a conocer esa verdad.

—¿Piensas ir a Woodsville? ¿Hablas en serio?

—Totalmente. Quiero saber qué fue de mi padre. Y la respuesta está en el Gran Maestre Rojo y las brujas de Woodsville.

—No seas niña, Stella. Puede que domines los temas de satanismo y brujería. En teoría. En los libros. En los escritos de tu padre. ¿Puedes imaginarte frente a esa supuesta secta de los Adoradores de la Sangre? ¿O peor aún... atacada por el Gran Maestre Rojo ya con la cabeza enroscada?

Las facciones de Stella se crisparon.

—Muy gracioso, incluso divertido, ¿verdad, Jeffrey? Entretenimiento para el millonario Sutton. Celebro haberte hecho pasar una velada de...

—Disculpa, Stella —Sutton retuvo entre sus manos la zurda de la joven. Impidió que Stella se incorporara—, Temo por ti. Eso es todo. De ahí que decida acompañarte.

—¿Acompañarme? ¿Adónde?

—Woodsville. Voy contigo, Stella. Tras los cuatro decapitados.

CAPITULO VIII

Woodsville.

Pequeña y próspera ciudad.

Con avenidas arboladas y cuidados jardines. Sin contaminación. Las casas, aun las de más reciente construcción, no eran muy altas. Sin desear destacar de las más antiguas. Manteniendo un nostálgico escenario del pasado.

—No está mal, ¿verdad? —sonrió Sutton, abriendo el ventanal del salón que comunicaba con el jardín—. Un bungalow discreto y confortable. Uno más de la Beck Avenue.

La muchacha correspondió a la sonrisa de Sutton.

—Ha sido una buena idea. Woodsville dispone tan solo de dos buenos hoteles. Y el nombre de Jeffrey Sutton dudo que fuera bien recibido como cliente.

—Ciertamente me he hecho muy popular.

—Los habitantes de Woodsville no te lo perdonaran jamás. Ayer fue publicada la noticia en todos los periódicos de California, pero hoy ya es comentada en todos los EE.UU. Con mayor profusión de detalles. Incluso un productor de Hollywood ya tiene intención de rodar una película sobre las brujas de Woodsville. También se conoce la misteriosa desaparición de los cadáveres. La noticia fue alcanzada por la última edición de los periódicos locales.

—Tienes razón. Lo de alquilar el bungalow fue una buena idea.

—Afortunadamente tú puedes permitirte esos lujos. Ayer compras un «Corvette» en Reed City. Hoy estamos en Woodsville y, sin pestañear, pagas el alquiler de una semana en un bungalow de la Beck Avenue.

—Una semana era lo mínimo.

—Poco te hubiera importado pagar un mes. Estás forrado de dólares, Jeffrey.

—La culpa fue de mi padre. Amasó demasiada fortuna.

—Y tú la despilfarras alegremente.

—Me estás juzgando mal, Stella. Estar por las costas californianas era unas simples vacaciones. El resto del año trabajo en la Sutton Company. Presido el consejo de administración y...

—No sigas, Jeffrey. Puede cansarte el hablar de ello.
Rieron al unísono.

Jeffrey Sutton acudió junto al «Corvette» estacionado frente al porche del bungalow. Del portaequipajes extrajo un pequeño maletín y un envoltorio.

Retornó al lado de Stella.
—¿Ya has elegido tu habitación?

—Tú has pagado el alquiler, Jeffrey. Tuyo es el derecho a elegir.

—Y tú firmaste el contrato, Stella. El nombre de Jeffrey Sutton es tabú en Woodsville. Me lincharían.

El bungalow constaba de dos amplias habitaciones con sus correspondientes cuartos de baño, office, cocina y salón-comedor. En el pequeño jardín que circundaba la vivienda se emplazaba la piscina y el garaje.

Pasaron a uno de los dormitorios.
Todas las estancias magníficamente amuebladas.

—Voy a tomar un baño y a cambiarme de vestido —comentó Stella—, Deja la valija ahí mismo.
—Fue un error traerte el equipaje. Te hubiera comprado...

—Lo sé, Jeffrey —interrumpió Stella, con dulce sonrisa—. Sólo es un vestido y algo de ropa interior. Lo imprescindible.

—En ese *drugstore* de Bull Hill, donde paramos para almorzar, había un buen surtido en ropa. Allí compré yo.

—Ya haces demasiado por mí, Jeffrey. Se miraron a los ojos.
Intensamente.

Jeffrey Sutton fue aproximándose con lentitud. Inundándose en aquellos verdes ojos. Besó la boca de Stella. Con suavidad. Recreándose en los gordezuelos labios. Fue arqueando la espalda femenina. Reclinándola pausadamente sobre el lecho.

Sin cesar de besarla.

Las manos de Sutton recorrieron ávidas el cuerpo de la muchacha. Pugnando con el cierre del vestido.
Y Stella colaboró.

Poco más tarde, eran dos cuerpos desnudos que yacían sobre el lecho. Agitados por la pasión. Enfebrecidos por el deseo... y tal vez también en busca de una válvula de escape a todo cuanto les había llevado hasta Woodsville.

Ya no pensaban en nada de aquello.
El Gran Maestre Rojo, las brujas de Woodsville...

No.

Ya sólo importaban ellos. Aquel momento.

Stella apoyó la cabeza sobre el desnudo tórax de Jeffrey Sutton. Abrazada a él. Como si buscara protección.

Sutton besó los cabellos femeninos. Permanecieron así. Inmóviles.

Por el ventanal de la habitación ya no entraban los rayos del atardecer. Aquella paz, aquel silencio, era paradisíaco.

—Jeffrey...

—¿Sí?

—Abrázame fuerte. Muy fuerte... Tengo frío. Frío... y miedo. Puede que tú estés en lo cierto. Tal vez no pueda enfrentarme con éxito a las fuerzas del Mal.

—¿Quieres que regresemos? Stella dudó. Una fracción de segundo.

—No. No... si tú sigues conmigo.

—Lo estaré, pequeña. Empiezo a sospechar que la muerte de Janet Barnes está relacionada con los cuatro cadáveres decapitados. Y quiero castigar al asesino. Aunque

se trate del mismísimo Satanás.

—¿Qué era Janet para ti? Sutton esbozó una sonrisa.

—Con sólo chasquear los dedos, puedo disponer de bellas y elegantes muchachas de alta sociedad dispuestas a realizar un pequeño crucero conmigo. Muchachas vacías y estúpidas. De vida aún más vacía y estúpida. Conocí a Janet en un club de San Francisco. Hace apenas un mes. Poco sabía de ella ni de su amiga Carol. Sólo que eran alegres y llenas de vida. Suficiente para mí. Empiezo a sentirme culpable de la muerte de Janet. Puede que nada hubiera ocurrido de dejar esas malditas cajas en el fondo del mar.

—Estaba escrito, Jeffrey. No se puede luchar contra ello.

—Janet le vio. Al que llamas conde Goldstone. Al Gran Maestre Rojo. En alta mar. Vio su imagen flotando sobre las aguas.

—Su cuerpo astral se materializó, Jeffrey —dijo Stella—, El cuerpo astral es un doble etéreo del cuerpo físico. Se puede obrar sobre el cuerpo físico a través del cuerpo astral, y viceversa.

—También ocurrió algo extraño en el depósito de cadáveres de Reed City. Algo...

sobrenatural. El encargado del depósito afirmó que el cuerpo de Goldstone se movía. Eso no lo pude comprobar, pero sí contemplé como por la parte cercenada de su cuello enrojecía asta gotear un extraño líquido. Como si fuera sangre. Tal vez fuera sangre...

Stella se estremeció.
Se abrazó aún más a Sutton,

—Puede que una materialización más del astral...
—Necesito otras respuestas, Stella. Y las encontraré. Tal vez esta misma noche.

—

¿Qué
quieres
decir?
Jeffrey
Sutton
sonrió.
Duramente.

—Yo tengo una gran ventaja, Stella. No creo en fantasmas ni espíritus. Tú opinas que la respuesta a lo ocurrido a tu padre se encuentra aquí, en el Gran Maestre Rojo y las brujas de Woodsville.

—Sí.

—¿Dónde buscar? El lugar más lógico es el castillo. Ese castillo en ruinas de los acantilados. En la que fue mansión del conde Goldstone.

—Ya he estado allí, Jeffrey. En repetidas ocasiones. Durante estos cuatro años de búsqueda he recorrido...

—Un momento —interrumpió Sutton, con enigmática sonrisa—. ¿Has estado en el castillo durante la noche?

—Por supuesto que no. La oscuridad me hubiera impedido inspeccionarlo. La oscuridad... y el miedo.
—Ese fue tu error, Stella. Buscar durante el día.
—No te comprendo...

—Es muy sencillo, Stella. Los fantasmas hay que buscarlos durante la noche. Y eso es lo que vamos a hacer hoy. Justo en la medianoche visitaremos el castillo del Gran Maestre Rojo.

* * *

El auto fue serpenteando con dificultad.

El camino era estrecho y marcadamente sinuoso. De elevada pendiente. La oscuridad de la noche también dificultaba el trayecto.

Un cielo sin estrellas ni luna.
Una oscuridad total envolvía la zona.

—Ciertamente una noche apropiada para el hombre lobo, los vampiros y similares.

—No estás muy documentado, Jeffrey —sonrió forzadamente Stella —, El hombre lobo o licántropo requiere la presencia de la luna llena para transformarse.
—¿De veras? Tenía entendido que... ¡Eh, mira eso! Se terminó el camino.

El sendero, paulatinamente más agreste, tortuoso y plagado de arbustos estaba cortado por un desprendimiento de piedras.

Sutton detuvo el «Corvette».
Enfocó con los faros aquellas pesadas rocas.

—No estaban ahí en mi anterior visita —comentó Stella—. Fue hace poco más de un año, pero lo recuerdo perfectamente. Llegué con mi auto casi al borde del castillo.
—¿Falta mucho aún?

—No. De haber luna ya divisaríamos el castillo en lo alto de la sima. Se recorta fantasmal en la cumbre. Con sus murallas renegridas por el incendio. Cubiertas de musgo. Unas ruinas en verdad tenebrosas.
—Seguiremos a pie.

Jeffrey Sutton abrió uno de los compartimientos del salpicadero. Extrajo un par de linternas y un envoltorio que llevó al bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué es, Jeffrey?

Sutton sonrió mostrando el envoltorio. Quitó el pañuelo descubriendo un reluciente Smith Wesson calibre treinta y ocho.
—Especial contra fantasmas, Stella.

—Oh, Jeffrey... ¡Jeffrey!... Me agradaría que no te tomaras tan despreocupadamente todo esto. No vamos a enfrentarnos con un vulgar asesino. Son criaturas infernales las que...

Sutton cortó las palabras de la muchacha con un beso. Sonrió animadamente.

—Confía en mí, Stella. ¿De acuerdo? Abandonaron el auto.

La luz de la linterna manejada por Jeffrey Sutton enfocó las piedras que cortaban el camino. Alguna de esas rocas ya recubiertas de musgo y arbustos frondosos.
—Esto lleva tiempo aquí, Stella.
—No más de un año.

—Bien... ¿preparada para la escalada? Yo iré delante. Podemos bordear las rocas y luego seguir por el sendero.

La vegetación era abundante. Salvaje. Los arbustos proliferaban por entre las rocas con inusitada pujanza.

El silencio era total.

Ni las aves nocturnas se dejaban sentir. Un silencio sobrecogedor.

Unicamente, en susurros intermitentes, se escuchaba el silbar del viento por entre las ramas de los árboles.
Jeffrey Sutton se equivocó.

No había sendero alguno tras las rocas. Era prácticamente inaccesible. Peñascos más grandes y arbustos más frondosos.

Continuaron trepando con dificultad. Hasta divisar la silueta del castillo. Tal como aseguró Stella.

Recortado fantasmagórico en lo alto del despeñadero. De las negruzcas ruinas sólo destacaba una de las atalayas que había resistido al voraz fuego y al paso del tiempo. Stella se detuvo jadeante.

—Oh, no...
—¿Qué te ocurre, Stella?

—Empieza a llover. Me ha caído una gota.
—Imaginaciones tuyas.

—¡Otra gota...! Ahora en la...

Stella enfocó con la linterna su mano izquierda. Iluminando la gota que había caído sobre su zurda.

Con ojos alucinados, contempló el círculo rojizo dibujado en el dorso de la mano. Un viscoso líquido bermejo.
Stella alzó el foco de luz de la linterna.

De lo alto de unas rocas sobresalían las ramas de un árbol. Ramas

que se extendían como tentáculos.
Y de una de esas ramas colgaba el cadáver.

La muchacha lo iluminó con total nitidez mientras que un desgarrado alarido brotaba de su garganta.

También la linterna de Sutton enfocó el cadáver. El cadáver de un hombre.
Ahorcado.

La cuerda ceñía brutalmente su cuello. El rostro desencajado y con los ojos casi fuera de las órbitas. Al igual que su lengua que asomaba desmesurada por entre los labios. Estaba totalmente desnudo.

Le había sido amputada la mano derecha. Aún sangrante el muñón.

Goteando.
Goteando sangre sobre la aterrada Stella.

CAPITULO IX

Jeffrey Sutton exhaló una bocanada de humo para seguidamente pasar el cigarrillo a la muchacha.
—Sospecho que, con tu grito, has espantado a todos los fantasmas de California.

—No... no he podido controlarme.
Sutton sonrió.

—¿Ya más tranquila?
Stella giró la cabeza. Mirando hacia atrás.

Ya estaban en lo alto de la cima. Casi al pie del castillo. Junto a unas rocas. Abajo quedaban las gigantescas piedras y frondosos árboles.

Y de uno de aquellos árboles seguía balanceándose el cadáver. Ya no visible desde lo alto.

—Si... ya más tranquila, Jeffrey. Y ahora tenemos que seguir. Sin perder tiempo. Antes de que nos impidan hacerlo.
—¿Qué quieres decir?
Stella succionó nerviosamente el cigarrillo.

—Tú lo ignoras, Jeffrey, pero ese ahorcado con la mano derecha amputada tiene un significado. En varios grimorios se habla de ello. Las clavículas de Salomón. El secreto de los secretos, Grimorio de Alberto, Diccionario Infernal... Casi todos los tratados secretos de brujería incluyen el sortilegio de la «Mano de Gloria». Utilizada para paralizar a los enemigos.

—Jamás oí hablar de...

—Si te fijas, en todos los grabados e ilustraciones sobre brujería hay una «Mano de Gloria» y la muestra a los intrusos, éstos quedan paralizados. Como si estuvieran muertos.
—¿Y se hace con la mano de un muerto?

—De un ahorcado. La mano de un ahorcado —concretó Stella, casi sin voz—. La mano derecha de un ahorcado situado junto a un camino. Se envuelve en un trozo de lienzo fúnebre y luego se seca en un horno introduciéndole en un recipiente de zimat, azufre y sal. Se prepara una especie de candela con la grasa del ahorcado. La «Mano de Gloria» servirá de candelabro a esa siniestra vela que, encendida, paralizará a todos cuantos queden por ella iluminados.

—Todo eso es ridículo.
—¿Eso crees, Jeffrey?

Sutton sintió un nudo en la garganta. No.
Todo aquello no tenía nada de ridículo.

—Okay, pequeña. Supongamos que es cierto. Esa mano ha sido amputada hace poco. No han tenido tiempo para sortilegios ni de endurecerla en el horno. Actuaremos antes de...

Jeffrey Sutton enmudeció al contemplar como por entre las ruinas del castillo surgía una azulada columna de humo que de inmediato desapareció.

—Jeffrey... ¿qué es...?
—¡Silencio...! Alguien... alguien... ¡Al suelo, Stella!

Se ocultaron tras la roca. Pegados materialmente al suelo. Y desde allí contemplaron la alucinante aparición.
Cuatro mujeres.

Con túnicas rojas y los cabellos al viento. Cada una de ellas con un largo cirio encendido. Una llama que la brisa de la noche no lograba apagar.

Las cuatro mujeres reían y blasfemaban. Su caminar tenía algo de sobrenatural. Como si se deslizaran sin pisar el suelo.

Pasaron a menos de cinco yardas de la roca donde se ocultaban Sutton y Stella. Con aquellos cirios iluminando su rostro. Eran mujeres jóvenes. Con los ojos muy brillantes. Con una sonrisa que desdibujaba sus facciones en diabólica mueca. Sobre la túnica roja, a la altura del pecho, un círculo negro. El pentáculo del Gran Maestre Rojo.

Las cuatro mujeres iniciaron el descenso.
Sus estridentes carcajadas y soeces palabras eran audibles en el silencio de la noche.

—Van... van en busca del ahorcado —susurró Stella.
Jeffrey Sutton movió afirmativamente la cabeza.

Sí.
También él lo había oído.

Contemplaron el retorno de aquellas cuatro mujeres. Trepando ágiles por la pendiente. Y entre las cuatro llevaban el cadáver del hombre ahorcado.

Dos de ellas lo sujetaban por los brazos. Las otras dos, por las piernas.

Una de las que iba delante, la que sujetaba el cadáver por el brazo derecho, se inclinaba para posar su boca sobre el ensangrentado muñón.

Succionando ávidamente.
Saboreando satánica la ya negruzca sangre.

Aquella escena hizo temblar visiblemente a Stella. Sutton, al percatarse de ello, la abrazó con más fuerza. Sin reparar que también él estaba temblando.

Las cuatro mujeres junto con su macabra carga se introdujeron por entre las ruinas del castillo.
Y entonces Sutton se incorporó como un felino emprendiendo veloz carrera.
—¡Jeffrey...!

—¡Sígueme, Stella!
Jeffrey Sutton cruzó la explanada como una exhalación.

Se detuvo junto a la muralla del castillo, asomándose al destruido rastrillo de la entrada. Ya no había puerta. Las renegridas piedras acusaban la voracidad de las llamas que asolaron el castillo.

En el interior, en el amplio patio, se mantenía en pie una escalera que conducía al matacán. Y bajo el recodo de aquella escalera, las cuatro velas iluminadas. Cuatro llamas que fueron desapareciendo una a una.

De nuevo la oscuridad total.

—
¿Has
visto
eso,
Stella?
La
muchacha
asintió.

Jadeante por ¡a carrera.
—Una entrada secreta, Stella. Quédate aquí. Iré a...

—¡No, Jeffrey! —exclamó de inmediato la joven—. No quiero quedarme sola.. Te acompañaré.

Sutton accionó su linterna. Imitado por Stella.

Se adentraron por entre las ruinas del castillo, caminando hacia la escalera que subía al matacán.

Arbustos, musgo y hongos alfombraban el suelo. Sutton enfocó la linterna.
—Tiene que haber una entrada... Algún resorte... Desaparecieron por aquí.

Mientras que Jeffrey Sutton inspeccionaba detenidamente el piso, la muchacha se dedicó a tantear la pared recubierta de musgo. Justo en la esquina formada por el muro y la escalera, descubrió el diminuto resorte. Una pequeña palanca.

—¡Aquí, Jeffrey! Sutton se aproximó.

Iluminó la camuflada palanca.
—Sí... Esto debe ser.

Jeffrey Sutton tiró de la palanca.

No fue en el suelo donde se hizo la entrada, sino en el muro. Dos de las piedras se abrieron descubriendo el hueco.

Suficiente para el paso de una

persona. Sutton penetró en primer lugar.
—Apaga tu linterna, Stella. Y no te separes de mí.

Estaban ante una escalera metálica que descendía casi en vertical. Una escalera de andamiaje moderno. No de la época de construcción del castillo.

Al pasar Stella, tal vez por pisar un resorte oculto, las dos piedras volvieron a unirse. Cerrando la salida.
Sutton y la joven intercambiaron una mirada inquieta.

—Con cuidado, Stella.
Iniciaron el descenso. Trece escalones.

Jeffrey Sutton no hizo comentario. Bastante pesimista estaba aquello para incrementarlo mencionando el número gafe.

Trece peldaños que conducían a un estrecho túnel. Muy largo. Al final se veía una luz. Sutton apagó también su linterna.

—Nos guiaremos por el resplandor del fondo.
Avanzaron. Lentamente.

Pronto escucharon las risas, las exclamaciones, los gritos... Invocaciones a Satanás y a los espíritus malignos del Averno.

Ya estaban casi al final del pasadizo. Se detuvieron.
Ya era visible la sala circular.

Una circular sala en cuyo suelo se había dibujado el pentáculo del Gran Maestre Rojo. En un hueco de la pared una especie de horno donde crepitaban las llamas. El humo se elevaba hacia los respiraderos del techo que podían ser accionados mediante una cuerda.

En el centro de la sala, un altar.

Y sobre la piedra el cadáver del hombre ahorcado. Estaba siendo descuartizado por siete mujeres. Siete mujeres con túnicas rojas, con grandes cuchillos. Llenaban unas copas con la sangre que goteaba por la piedra. Chorreando abundante del despedazado ca-dáver.

Aquella sangrienta orgía era presenciada por un individuo de abundante melena blanca. Con una túnica roja y el círculo dibujado en el pecho. En su diestra, un cetro cuya empuñadura simbolizaba la cabeza del Diablo. El individuo semejaba a un santón, de no ser por la demoníaca expresión de su rostro.

Sentado en una especie de trono. Un sitial cuyas cuatro patas representaban gruesas serpientes de cabeza aplastada al contactar con el suelo. El respaldo adornado de calaveras.

La iluminación de la circular sala era originada exclusivamente por velas. Cirios hundidos en las vacías cuencas de gran número de calaveras que adornaban las repisas.

También junto al trono, sobre una roja alfombra,, yacían los cuatro cadáveres decapitados.

Los que Jeffrey Sutton rescatara de las profundidades del mar.

Una de las mujeres se aproximó al trono. Portando entre sus manos una copa rebosante de sangre.

El hombre de níveos cabellos la aceptó. Bebió hasta vaciarla.

Acto seguido, tendió la copa a la muchacha. Se inclinó besándola lascivamente en los labios. Vomitándole una bocanada de sangre.

Rieron desaforadamente.

La mujer arrojó la copa para que sus manos prodigaran obscenas caricias al individuo. El hombre se incorporó.

Su rostro quedó entonces iluminado por los dos cirios que pendían a ambos lados del trono.
Sutton y Stella, ocultos a la boca del túnel, pudieron contemplarle.
—Dios mío...

La voz de Stella fue un susurro. Un tenue susurro que tan sólo Sutton, pegado a la joven, pudo oír.

Sin embargo el individuo de leonina cabeza dio un respingo. Desvió su mirada hacia el túnel.
Con el rostro desencajado en horrible mueca.

—¡Intrusos...! ¡Hay intrusos en el templo! —vociferó alzando los brazos— ¡Muerte a los intrusos!

CAPITULO X

—¡A correr, Stella...! ¡Salgamos de aquí! —exclamó Sutton — ¡Tenemos que...! A menos de cinco yardas.
Cuando ya iniciaban veloz huida.

Una reja surgió del techo del pasadizo. Cayendo vertiginosa. Hundiendo los afilados barrotes en el suelo y cerrando el paso.
Sutton comenzó a sacudir aquellos barrotes.
—Jeffrey... Jeffrey...

La aterrada voz de Stella le hizo girar.
También las facciones de Jeffrey Sutton se desencajaron acusando el miedo.

Las siete mujeres avanzaban hacia la galería. Vociferando y riendo. Con rostro demoniaco. Con el cuchillo, todavía ensangrentado, en alto.

Sutton se adelantó unos pasos.
Acudiendo al encuentro de aquellas diabólicas mujeres que corrían hacia él.

—¡Quietas...! ¡Dispararé! —gritó Sutton, extendiendo su brazo armado— ¡Voy a disparar!
La amenaza no surgió efecto.
No detuvo el avance de aquellas mujeres.

Fue la voz del individuo de níveos cabellos la que hizo detener al enloquecido grupo.

—¡Un momento, queridas...! ¡Esperad...! Hoy es día de fiesta y alegría entre los Adoradores de la Sangre. Se nos presenta una nueva diversión. Dos invitados en el templo del Gran Maestre Rojo. Bien venido, señor Sutton. También tú, bella Stella.

Las siete mujeres habían detenido su avance. Con los rostros crispados.

Los ojos encendidos.

Los cuchillos utilizados para trocear el cadáver del ahorcado todavía en actitud amenazante.

—¿Nos conocemos? —interrogó Sutton, con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir. Sin bajar el cañón del revólver— ¿Quién eres?

El individuo sonrió.

Su rostro era alargado. Ojos hundidos y pómulos muy salientes. La nariz afilada. Boca de finos y casi inexistentes labios. Su cabeza destacaba poderosamente por el abundante cabello blanco.

—¿Quién soy? —rió siniestro—, ¿Puedes responder tú a esa pregunta, encantadora Stella?

Stella, aunque pálida y temblorosa, respondió con voz firme:

—Robert Badham. El brujo de Los Angeles. El embaucador de Hollywood. El hombre volvió a reír. Desaforadamente.

—¿Embaucador? Sí... es posible que tengas razón. Con esos bastardos de Hollywood, con los famosos del cine, no me digno a ejercer mis poderes sobrenaturales. No lo merecen. Me burlo de ellos y encima pagan por ello; pero esto es diferente. Aquí soy el Gran Maestre Rojo.

—¡Ese es el gran Maestre Rojo! —exclamó Stella, señalando el cadáver decapitado que yacía junto a las tres mujeres igualmente sin cabeza—. Tú sigues siendo un embaucador.

—Tu padre no opinaba así, Stella. El me catalogó como el Gran Maestre Rojo. La joven palideció aún más intensamente.
Balbucearon trémulos sus labios.
—Tú... tú... eras el Gran Maestre Rojo mencionado por mi padre...?

—Correcto, Stella. Tu padre era un buen investigador de las ciencias ocultas. Demasiado inteligente y frío. Llegó a Woodsville en busca de las cuatro cabezas. La del conde Goldstone y las de las tres brujas con él decapitadas. No quería rescatarlas, sino dar con algún dato para el libro que estaba escribiendo. Visitó el castillo repetidas ocasiones. Sin descubrir nada, hasta que una noche. Era la noche de sacrificio en honor a Solithan, protector de las brujas. Yo y mis queridas compañeras ofrecíamos un sacrificio.

Las siete mujeres comenzaron a reír a carcajadas. También Badham.
—Están locos...

La voz susurrante de Jeffrey Sutton hizo enmudecer al individuo. Sus ojos destellaron con maligno brillo.

—¿Loco...? ¡Tú eres el loco! Al igual que lo fue Walter Dawn. ¡Todos aquellos que no creen en el poder del Averno! El profesor Walter Dawn me sorprendió saliendo por la entrada secreta al templo. Yo hice construir este templo. En las entrañas del cantillo del conde Golstone. Hace ya mucho tiempo. Son muchos años los que llevo como continuador de la secta de los Adoradores de la Sangre. Este templo es en su honor al conde Cary Golstone, primer Gran Maestre Rojo. Y de las brujas de Woodsville. ¡Leyla, Gladys y Emma! Yo soy ahora el Gran Maestre Rojo. Y éstas son mis discípulas. Karla, Debra, Cynthia, Katheleen... También ellas han sido iniciadas en la brujería y magia negra. ¡Extenderemos nuestro poder sembrando el terror! ¡El poder recibido del Averno!

—Mi padre... ¿qué fue de mi padre?
—Karla... muestra a nuestra invitada el pozo de los desperdicios.

Una de las mujeres rió mientras avanzaba hacia el fondo de la circular sala. Hizo deslizar una plancha del suelo descubriendo un profundo foso.

Apenas mover la plancha ya se escuchó el agudo chillar de las ratas. Infinidad de ratas gruesas y de sucio pelaje que se amontonaban rabiosas en el fondo del pozo. En espera de alimento.

—El profesor Walter Dawn, lo que quedaba de él después de ofrecernos su sangre, fue arrojado al pozo. Ese fue el fin de tu padre, Stella. ¿Satisfecha la curiosidad?

Stella no respondió.

Hubiera caído desvanecida de no ser por Jeffrey Sutton, que rodeó con fuerza los hombros femeninos, con el brazo izquierdo. Su diestra continuaba empuñando firme el revólver.

—Eres un asesino, Badham. Un asesino diabólico. Sólo eso.

—Pobre estúpido... Una estupidez sólo disculpable por tu ignorancia, Sutton. Te estoy agradecido. Tú has rescatado al conde Goldstone y las brujas de Woodsville. Ahora todo será diferente. Ellos nos guiarán. Cary Goldstone y sus tres discípulas. Dominaremos la Tierra. Nuestro poder horrorizará todas las naciones. Encontraré las cabezas. Ese cadáver

del altar, el de un hombre de Woodsville, nos servirá para el conjunto de una «Mano de Gloria» y con el sebo formaré una «Candela Infernal». Una Candela Infernal que nos iluminará hasta conducirnos al lugar donde fueron enterradas las cabezas. ¡Y entonces el conde Goldstone volverá con nosotros! ¡Junto con Leyla, Gladys y Emma! Ellos colmarán mi saber en las ciencias ocultas, en la magia negra, en la brujería... Ellos incrementarán aún más mi poder.

—¿Tu poder? ¿Qué me dices de un balazo entre ceja y ceja? ¿Puedes algo contra eso? Robert Badham rió a carcajadas.

—Infeliz... ¿Con ese revólver? ¿Con ese revólver... al rojo vivo? Un súbito grito de dolor brotó de Sutton.
Soltó el arma.

Con ojos incrédulos, se contempló la palma de la mano derecha. Mirando perplejo y alucinado la huella de la quemadura.

La carcajada de Badham fue coreada por las brujas.

—Esto es sólo una pequeña muestra, Sutton. ¡Nada puedes contra mí! ¡Me protege el gran Solithan...! El profesor Dawn llamaba a esto un fenómeno paranormal. Algo que está por encima de lo normal. Algo inexplicable.

—Oye, Badham... reconozco que eres un gran tipo. Algo fuera de serie —sonrió forzadamente Sutton—. Te admiro. Incluso yo mismo entraría gustoso en tu secta de los Adoradores de la Sangre.

—¡Maldito blasfemo! —vociferó Badham, agitando su leonina cabeza—. ¿Crees acaso que todos pueden formar parte de la secta? ¡Son elegidos! Yo los selecciono. Estas muertes fueron elegidas entre otras muchas de Woodsville. Son las herederas de las brujas de Woodsville, amadas por el conde Goldstone. Yo elijo... y castigo. Tú y Stella sois sentenciados por vuestra insolencia. Al igual que Janet Barnes murió por descubrir el espíritu del Gran Maestre Rojo flotando sobre las aguas.

—Por ahí no paso, Badham —dijo Jeffrey Sutton—.

Stella me habló de la materialización del cuerpo astral. Algo no comprensible para los profanos, pero es un hecho probado. Janet no fue asesinada por eso que tú dices. Janet murió para distraer la

atención de la policía, para que tú y tus secuaces lograrais apoderaros de los cuatro cadáveres decapitados... para que tú saciaras tus bajos instintos.

—Fue el mismísimo conde Goldstone quien mató a Janet.

—¿De veras? ¿También Cary Goldstone la violó? —interrogó Sutton, con dura voz—. He sido informado, Badham. Janet fue violada. Y un fantasma no se dedica a ultrajar mujeres.

El individuo rió divertido.

—Yo acompañé al conde Goldstone. Sí, Sutton. Le hice materializarse ante Janet. Una muchacha muy bonita. Yo provoqué la presencia del gran Goldstone.

—Seguro que no fue necesario eso —dijo Stella, rompiendo su mutismo—. Con el poder de su mente, logró poner en trance a Janet. La hizo ver a ese horrible cadáver decapitado. Pudo entrar en la habitación dominando por completo la mente y voluntad de Janet. Presentando ante sus ojos el horror más indescriptible. Impidiéndola gritar, moverse... Sin puerta, cerradura o pasador que se resista, ¿no es cierto, Badham? Yo mis-ma, en individuos de extraordinario poder psíquico, he visto desplazarse objetos sin causa física observable o conocida. Lo que en parapsicología se denomina telequinesia.

—Eres como tu padre, querida —replicó Robert Badham, despectivo—. Incapaz de un razonamiento científico a los poderes otorgados por el Averno. Me gustas, Stella. Estuve tentado de hacerte mía durante tus visitas a Woodsville. Será ahora. Disfrutaremos juntos en esta noche de triunfo en honor al gran Goldstone. Tú serás la victima sacrificada. Tu sangre...

Jeffrey Sutton se abalanzó súbitamente sobre el individuo. En acrobático salto.

Le aferró por el cuello. Rodaron por el suelo.

Karla, Dora, Cynthia, Kathleen... Las siete mujeres comenzaron a gritar endemoniadas. Se abalanzaron sobre Sutton.
Stella recogió el revólver.
Disparó una y otra vez hasta vaciar el cargador.

Sólo dos de las mujeres cayeron sin vida. Las restantes, aunque tres de ellas con heridas, continuaron atacando a Sutton.
Con sus cuchillos ensangrentados.

Jeffrey Sutton se vio obligado a soltar a Badham. Gateó esquivando los cuchillos. No todos. Sintió una punzada en el muslo izquierdo.
Y proyectó su pierna derecha.

Una de las mujeres retrocedió al recibir el patadón en el vientre. Cayó arrastrando a una de las compañeras. Se incorporaron de inmediato. Furiosas. Escupiendo saliva por la boca.

—¡No, Stella! —gritó Jeffrey Sutton—, ¡Quédate donde estas! La muchacha hizo caso omiso.

Acudió en defensa de Sutton.
Robert Badham se interpuso en su camino.

Con el rostro desencajado por una satánica mueca.

Fue entonces cuando parte del techo pareció desplomarse. Comenzó a caer tierra y piedras. Se formó una oquedad en lo alto de la cúpula.

Sonó una voz en lo alto. Potente.
—¡Señor Sutton...! ¿Está ahí, señor Sutton...?

Aquello sí paralizó a Robert Badham y sus demoníacas brujas. Por poco tiempo.
Reaccionaron como dominados por todas las fuerzas del infierno.

—¡Muerte...! ¡Muerte a ellos! —gritó Badham, avanzando hacia Stella—. ¡Muerte! Jeffrey Sutton atrapó una de las piedras que habían caído del techo.

La arrojó certeramente contra Badham que, aunque alcanzado en la cabeza, no llegó a caer. Se tambaleó.

Y Stella le empujó con violencia. Sobre al abierto pozo de las ratas.

Robert Badham cayó al foso con desgarrador alarido. Espeluznante grito que se incrementó al verse rodeado por el enjambre de gruesas ratas.
Volvió a originarse un desprendimiento de tierra.

Ahora también en el interior de la circular sala. El horno se abatió vomitando una llamarada.

—¡Señor Sutton! —gritó de nuevo la voz desde lo alto—. ¡Por aquí...! Una cuerda surgió desde la cúpula. Por la oquedad.

—¡Abrázate a mí, Stella! ¡Sujétate a mi cuello! Sutton se aferró a la cuerda.

—¡Tirad! ¡Tirad ya, maldita sea! La cuerda comenzó a subir.

Jeffrey Sutton apretó con fuerza las mandíbulas al sentir como uno de los cuchillos realizaba un corte en su pierna derecha.
También Stella gritó.
—¡No te sueltes, Stella...! ¡No te sueltes...! ¡Aguanta!

Los cuchillos empuñados por las satánicas mujeres trazaban ya surcos en el aire. Sin alcanzar a Sutton y Stella que eran izados con rapidez.
Un nuevo derrumbamiento.

Temblaron las paredes. Se abrió el suelo tragando el altar junto con los cuatro cadáveres decapitados. El techo se desplomó ya por completo. En el suelo se agrandó el cráter.

De entre aquel estruendo, era imposible oír el motor del helicóptero, pero sí se divisaban sus luces en el negro manto del cielo.
El cráter originado era ya gigantesco.
Como si el mismísimo Infierno se abriera para recibir a sus fieles discípulos.

EPILOGO

Jeffrey Sutton colgó el auricular.
Desde el mismo salón tuvo acceso al jardín.

El sol brillaba en lo alto. Bañando con sus dorados rayos el césped. Dibujando caprichosos destellos en las cristalinas aguas de la piscina.
Stella, tumbada sobre una colchoneta, giró dirigiendo su mirada hacia Sutton.
—¿Quién llamaba, Jeffrey?

—Mark Sullivan. Ya te he hablado de él.
—Oh, sí... tengo ganas de conocerle.

—Es el clásico pesimista. Está preocupado por mí. Se sorprende de que haya decidido retirarme unos días a The Clover. Este bungalow sólo lo utilizo en mis temporadas de melancolía; pero ahora es diferente. Tú estás aquí.

Stella ahogó un suspiro.

—Es un lugar maravilloso, Jeffrey. Ciertamente un buen refugio. ¿Cómo siguen las cosas por la civilización?

—El asunto aún es carnaza para los periódicos —dijo Sutton, acomodándose junto a la muchacha—. Todos buscan a Jeffrey Sutton para el reportaje del año, la policía investiga discreta, los detectives de la Dawson Agency silenciosos... De ahí que los periodistas me busquen. Se conformarán cuando la policía comunique una nota oficial de los hechos y dé por finalizadas las investigaciones.

—Aún me parece estar viviendo todo aquel horror... ¡Oh, Jeffrey! De no ser por ti. de no haber contratado a aquellos hombres de la Dawson Agency...
Sutton sonrió.

—Yo, incrédulo de mi, no daba nunca veracidad a esa diabólica historia del conde Goldstone y las brujas de Woodsville. Por eso llamé a San Francisco contratando los mejores detectives de la Dawson. Se desplazaron a Woodsville para investigar y protegerme.
—Llegaron en el último momento, como en las películas.

—Desconocían el terreno, Stella. Sobrevolaban la zona en helicóptero. Al detenerse nuestro auto tomaron tierra, pero se despistaron en el castillo, No daban con la entrada secreta. Precisamente fueron tus disparos, al escucharlos por los respiraderos, los que proporcionaron la pista. Profundizaron con picos en los respiraderos, pero todo aquello se vino abajo. Robert Badham, cuando construyó el templo en el subsuelo, no hizo una obra de ingeniería. Todo quedó sepultado.

—Jeffrey...
—¿Sí?

—¿Han... han rescatado los cadáveres?

—No. El castillo estaba plagado de fosos y pasadizos. Todo se desplomó. Tragado en tierra. Como un gigantesco socavón. No ha quedado piedra sobre piedra. Ni la muralla, ni la torreta... nada. Todo hundido en un cráter abismal. El equipo de rescate no ha logrado encontrar ningún cadáver. Apenas profundizan y todo se hunde aún más. El cadáver de Robert Badham difícilmente lo hubieran rescatado. Fue pasto de las ratas.

—Tengo miedo, Jeffrey.

—¿Miedo? No seas niña, Stella. Ya todo ha terminado. Y debes olvidarlo. Como si se tratara de una pesadilla.

—Los Adoradores de la Sangre... Badham habló de una secta... de unos elegidos...

—La policía está investigando eso. En el domicilio de Badham en Los Angeles han encontrado unos archivos secretos, un laboratorio de brujería... La policía se encargará de todos ellos.

Stella forzó una sonrisa.

—Si... todo ha sido una pesadilla... Ayúdame a olvidarla, Jeffrey. Sutton se inclinó sobre la muchacha.

La besó en los labios. Dulcemente.
—No me separaré de ti, pequeña.
—¡Oh, Jeffrey...! ¡Jeffrey...!
—Estás temblando...

—No... no puedo remediarlo... Ellos... ellos ahora están enterrados. El conde Goldstone y las brujas de Woodsville. También cabezas. Antes era imposible la unión. Mar y tierra. Ahora es distinto. El Gran Maestre Rojo, con su infernal poder, puede llegar hasta donde fue enterrada su... .

—Ya basta, Stella.
—Puedo hacerlo, Jeffrey. Le llevaría tiempo, pero puede conseguirlo.

—De acuerdo. Y volvería a ser derrotado. Tú lo has dicho, Stella. Es la eterna lucha de las fuerzas del Bien contra las del Mal. Una batalla ignorada por muchos. En esa contienda siempre hay un vencedor fijo, Stella. Aunque se pague el tributo de víctimas inocentes.

—Abrázame, Jeffrey... abrázame muy fuerte...

Sutton obedeció de buen grado.

Volvió a besar los labios de Stella.

—Yo te ayudaré a olvidar este horror, Stella. Lo conseguiré. Mi amor lo borrará. Stella no respondió.

En sus ojos asomó un brillo de esperanza. Y sonrió. Feliz. Fue Stella la que nuevamente ofreció sus labios a Sutton.

Sí.
Jeffrey Sutton lo conseguiría.

F I N